

Misioneros Claretianos

**NUESTRA ESPIRITUALIDAD MISIONERA
EN EL CAMINO DEL PUEBLO DE DIOS**



DOCUMENTO DEL CONGRESO

Roma, 2002

SIGLAS MÁS EMPLEADAS

- AA = *Apostolicam Actuositatem*, Concilio Vaticano II.
- Aut = *Autobiografía de San Antonio M. Claret*.
- CC = *Constituciones*, 1986.
- ChL = *Christesfideles laici*, Exhortación postsinodal. Juan Pablo II (1988).
- CPR = *El Claretiano en el proceso de renovación congregacional*, XX Capítulo General CMF (1985).
- Dir = *Directorio CMF* (1999).
- EA = *Escritos Auobiográficos de San Antonio María Claret*, BAC, Madrid, 1980.
- EC = *Epistolario Claretiano* (3 vols.), ed. José M^a Gil, cmf. (1970-1987).
- ÈMP = *En misión profética*, XXII Capítulo Genral CMF (1997)
- MCH = *La Misión del Claretiano hoy*, XIX Capítulo General CMF (1979).
- MR = *Mutuae relationes*, Congregaciones de Obispos y de Religiosos (1978).
- NMI = *Novo Millenio Ineunte*, Juan Pablo II, (2000)
- PE = *Patrimonio Espiritual*, Capítulo General CMF (1967).
- PGF = *Plan General de Formación* (1994).
- PO = *Presbyterorum Ordinis*, Concilio Vaticano II.
- RMi = *Redemptoris Missio*, Carta encíclica de Juan Pablo II (1990).
- SC = *Sacrosantum Concilium sobre la sagrada liturgia*, Concilio Vaticano II.
- SP = *Servidores de la Palabra*, XXI Capítulo General CMF (1991).
- VC = *Vita Consecrata*, Exhortación Apostólica postsinodal de Juan Pablo II (1996)

PRESENTACIÓN

Los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (Misioneros Claretianos), desde abril de 1999 hasta julio del 2001, estuvimos reflexionando y compartiendo sobre nuestra espiritualidad misionera en el camino del Pueblo de Dios. En diferentes ocasiones ha sido informada la Congregación acerca de lo realizado en las diversas etapas del proceso y, de forma más detenida, de la celebración del Congreso que tuvo lugar en Majadahonda (Madrid-España-) del 9 al 17 de julio del 2001.

Al final de este Congreso quedó constituida una Comisión que debía recoger y sintetizar lo aportado durante el mismo. La integraban los PP. Félix Eduardo Cisterna (Argentina), José Cristo Rey García Paredes (España), Santiago González Silva (Italia) y Lawrence V. (India). Esta Comisión trabajó en la Curia General durante el mes de septiembre y ofreció el resultado de su trabajo al Gobierno General.

El Gobierno General, tras estudiar el contenido del trabajo preparado y sopesar las sugerencias recibidas de los participantes del Congreso, en la sesión del Consejo tenida el 22 de diciembre del 2001, decidió publicar el texto. A la vez, ha considerado oportuno incluir en un apéndice el Mensaje del Congreso, las intervenciones del P. General, tanto las reflexiones introductorias como sus palabras conclusivas, y una bibliografía selecta sobre las fuentes de nuestra vida misionera claretiana.

El tema de la espiritualidad misionera ha despertado en la Congregación mucho interés y el Congreso suscitó gran expectación. Fue el momento cumbre del diálogo iniciado y sostenido

en el interior de la Comunidad Congregacional, inspirada y animada por el Espíritu y urgida a anunciar el Reino de Dios. Durante el mismo se pudo observar el gozo que los participantes experimentaban al sentirse profundamente unidos e interpelados al mismo tiempo por el carisma misionero y profético de San Antonio María Claret. El mensaje del Congreso hace notar, que éste fue expresión de comunión en la diversidad y de coincidencia en el anhelo por clarificar y hallar respuesta a la pregunta: ¿qué significa ser claretiano en cada contexto cultural donde viven y trabajan los misioneros? El documento que presentamos recoge constataciones y puntos de convergencia que ayudarán a seguir afirmando aquella espiritualidad de comunión que nos estimule a *pensar, decir y obrar* como Comunidad Misionera Universal que recrea continuamente su unidad en la pluralidad y trata de avanzar en la fidelidad creativa que está llamada a cultivar.

El valor y alcance de este documento dependerá de todos nosotros en la medida en que lo acojamos, lo reflexionemos, lo compartamos y lo utilicemos como referencia para el crecimiento en nuestra vida misionera. Esperamos que sea un instrumento que nos ayude a abrir los ojos y el corazón a todas las dimensiones en las que se ha de situar y desarrollar nuestro seguimiento de Jesús, Hijo del Padre y consagrado por el Espíritu para anunciar la Buena Nueva a los pobres (cf Lc 4, 18). No está dicho todo en él, pero puede ser un adecuado punto de partida para otras iniciativas. La pluralidad de situaciones de las personas y de las comunidades en la Congregación obliga a entrar en un proceso de auténtica inculturación. A la vez que se profundiza en los contenidos esenciales de nuestro carisma, se han de mantener vivos el diálogo y el discernimiento para asumir otros auténticos valores de los contextos culturales y sociales, que, sin duda, enriquecen nuestra espiritualidad. Las tradiciones eclesiales, los ritos, las diversas costumbres harán surgir nuevos estilos de vida y ayudarán a iniciar nuevos caminos pastorales que beneficiarán a toda la Congregación.

Ya en las primeras aportaciones de la encuesta y también durante el Congreso, a la vez que se afirmaban valores comunes de nuestra espiritualidad misionera claretiana, se fueron sugiriendo propuestas para promover la investigación, la reflexión compartida y la vivencia de valores específicamente claretianos. Un primer grupo de propuestas, tal vez las más insistentes, van dirigidas hacia la formación inicial y permanente. Y en este sentido se apuntan entre otras: la necesidad de preparar personas competentes en esta área de nuestra espiritualidad; organizar talleres teniendo en cuenta las personas, sus contextos, sus niveles y sus urgencias misioneras. Se pide continuar traduciendo a las diferentes lenguas de la Congregación nuestras fuentes de espiritualidad. Un segundo tipo de propuestas son de carácter doctrinal o temático. Se sugiere, en concreto, que se continúe profundizando sobre los aspectos de nuestra espiritualidad. Entre ellos, el papel de María en nuestra vida misionera, la figura de San Antonio María Claret, las biografías de nuestros hermanos santos, el carácter diferencial y complementario de los Misioneros Diáconos y Presbíteros y de los Misioneros Hermanos, etc. Finalmente, también se hacen propuestas para que se favorezca el encuentro personal con Dios. Y en este ámbito se solicita promover experiencias de vida misionera en territorios de “Missio ad gentes” o en zonas marginadas y pobres; e, igualmente, proporcionar oportunidades para experimentar la vida intercultural y el diálogo interreligioso.

Cada misionero claretiano está llamado a profundizar y a enriquecer la espiritualidad propia de

nuestra vocación en la Iglesia y en el mundo de hoy. Necesitamos volver una y otra vez a las fuentes de nuestro peculiar modo de ser misioneros. En Claret tenemos un modelo de escucha, de interiorización y de servicio a la Palabra de Dios, de exquisita sensibilidad ante los problemas humanos y sociales y de amor profundo al pueblo, de estar atentos a los desafíos del momento y de discernir los acontecimientos históricos, de búsqueda constante de la voluntad de Dios y de dedicación a las cosas del Padre, de intensa vida eucarística y de pleno abandono a la acción materna de María. La complejidad que envuelve el camino de espiritualidad hoy está pidiendo algo más de estudio, de contemplación y de real compromiso con los pobres y los excluidos. Desde esta perspectiva daremos sentido, densidad y esperanza a nuestra vida misionera claretiana con talante profético.

Al publicar este documento, el Gobierno General recomienda encarecidamente a los Presidentes de las Conferencias, a los Superiores Mayores, a los Superiores locales y, sobre todo, a los Formadores que aprovechen todas las oportunidades para organizar talleres, encuentros, semanas, ejercicios y retiros que propicien la asimilación y la profundización de nuestra espiritualidad misionera claretiana.

En esta presentación quiero dejar constancia del sincero agradecimiento que merecen cuantos han colaborado en este proceso de reflexión compartida durante estos años. Gracias a cada uno de los Misioneros, a las comunidades, a los Gobiernos de los Organismos Mayores y, sobre todo, a las diversas Comisiones de trabajo que prestaron sus especiales servicios con generosidad y entusiasmo.

Que el Espíritu del Señor y el amparo de María guíen nuestro camino de fidelidad a Jesucristo, quien nos sigue llamando a convivir con Él y nos sigue enviando a predicar el Evangelio (cf Mc 3, 13).

Roma, 24 de diciembre, 2001.

Aquilino Bocos Merino, C.M.F.
Superior General

INTRODUCCION

El último Capítulo General nos invitó a ser, cada vez más, una escuela de auténtica espiritualidad misionera desde la inspiración de Claret y nuestra tradición. Le pidió al Gobierno General que “continúe animando el conocimiento de nuestra espiritualidad y su configuración como auténtico camino de vida” ^[1]. Por eso, hemos reflexionado en estos últimos años sobre nuestra Espiritualidad, siguiendo un interesante proceso.

Fue enviado a toda la Congregación un cuestionario sencillo. Las respuestas recibidas fueron sintetizadas y evaluadas. A partir de ellas se confeccionó de un texto (*Lineamenta*) que fue enviado a todos los organismos. Con las aportaciones a este texto se elaboró el *Instrumentum Laboris* que sirvió como material de reflexión durante el Congreso que tuvo lugar el mes de julio de 2001 en Majadahonda (Madrid-España) y en el que han participado, además de los miembros del Gobierno General, representantes de todos los organismos de la Congregación. El presente texto tiene en cuenta todas las aportaciones del Congreso y las integra en el conjunto del proceso anterior.

El Congreso de Espiritualidad pidió que se asumiera el texto evangélico de Jesús en la sinagoga de Nazaret (cf Lc 4, 16-30) como icono de nuestra espiritualidad misionera. En este relato, tan decisivo en la experiencia espiritual de nuestro Fundador, descubrimos también nosotros el símbolo de lo que debe ser nuestra espiritualidad al inicio de un nuevo milenio. De la escena se desprende, primeramente, la condición misionera del Profeta de buenas noticias, presentado por Isaías. En él actúa con toda su fuerza el Espíritu del Señor, es decir de aquel Dios y Señor que asume el rostro concreto del Dios Padre y Madre de las diversas culturas. El profeta anuncia el Reino de Dios para todos. Según el evangelista Lucas, Jesús relee este texto: muestra cómo Dios ya actúa “hoy” y cómo él mismo es el profeta definitivo del Reino. Por otra parte, Jesús evoca al profeta Elías (Lc 4, 25), cuya vocación se transmitió a Eliseo (1Rey 19, 16) y Jesús sugiere - de esta forma - que su misma vocación evangelizadora y profética es transmisible; de hecho, nosotros, a partir de nuestro Padre Fundador, Antonio María Claret, nos sentimos herederos y partícipes de ella; por eso, nuestra vocación es seguimiento de Jesús, imitación, conformación, identificación con Él.

Como Jesús, también nosotros nos sentimos llamados a anunciar el carácter universal del Reino, más allá de los límites de nuestros pueblos; esta universalidad se expresa y configura como preferencia y compasión por todos aquellos que no son valorados en las estructuras sociales existentes: pobres, cautivos, ciegos, oprimidos, endeudados o extranjeros (viuda o leproso). Esta compasión misionera nos conecta con lo débil, pequeño y vulnerable; se hace para nosotros ternura materna, semejante a la de María que acogió en su corazón la Palabra, hecha historia en el clamor de los pobres.

A este anuncio del “año de gracia del Señor” nos acercamos para encontrar la inspiración de nuestra vida misionera conforme a una triple perspectiva:

- La experiencia de Jesús --ungido por el Espíritu para evangelizar-- es contextualizada en el espacio (Galilea, Nazaret) y en el tiempo (“hoy”, “se cumple”).

- Se expone todo lo que acontece en Jesús cuando el Espíritu se derrama sobre Él o los rasgos espirituales del Jesús evangelizador.
- Aparece, finalmente, cómo la experiencia espiritual de Jesús contrasta con sus contemporáneos, produce reacciones diversas y le inspira a Jesús el camino que ha de recorrer hasta llegar a Jerusalén.

A tales momentos se refieren las páginas que siguen. En tres secciones - situación, profecía, itinerario - vemos reflejada la dinámica de nuestra espiritualidad:

- El lugar histórico de nuestra Espiritualidad: la contextualización en el espacio y en el tiempo es esencial para no vivir una espiritualidad desencarnada y, en última instancia, no-cristiana.
- Los rasgos de nuestra espiritualidad misionera, al estilo de Jesús que evangeliza el Reino.
- La espiritualidad como camino que hemos de recorrer en nuestro tiempo y espacio.

I

EL NUEVO CONTEXTO DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

*“Vino a Nazaret donde se había criado... Hoy se ha cumplido esta Escritura”
(cf Lc 4, 16.21; 22-24)*

La vivencia espiritual de nuestra Congregación al comenzar un nuevo milenio está profundamente marcada por el momento histórico que vivimos. Por ser espiritualidad misionera y profética está llamada a responder a los grandes desafíos de nuestro tiempo y a insertarse en las corrientes espirituales que el Espíritu regala a nuestra humanidad.

Por eso, dirigimos, en primer lugar, nuestra mirada a la realidad en que acontece la venida y unción del Espíritu y a la que se anuncia el “año de gracia del Señor”. Dicha mirada está cargada de gozosa esperanza por el “hoy” del cumplimiento y, a la vez, de amenazas que derivan de las resistencias con que el pecado de la humanidad en general y el nuestro en particular sigue impidiendo su realización plena.

1. Espiritualidad en un cambio de época

Nuestro tiempo no es el tiempo de la Iglesia de los orígenes, ni el tiempo de Claret. No solamente estamos en una época de cambios; nos encontramos en un cambio de época. A esta situación corresponde una peculiar experiencia de Dios, una nueva espiritualidad.

El cambio de época se manifiesta en algunos fenómenos a los que seguidamente aludimos.

a) Las nuevas tecnologías

Estamos en la sociedad de la comunicación y del conocimiento. Esto afecta profundamente a nuestra forma de ser. Vivimos en una red impresionante de relaciones. Las nuevas tecnologías, nacidas de la capacidad creadora del ser humano, nos transforman también a nosotros. No es fácil integrar tanta complejidad en la unidad de la persona. Por eso nos sentimos más fragmentados, desorientados, enfrentados, que en otros tiempos. El ansia de una espiritualidad integradora es muy fuerte; el deseo de intimidad choca contra la superficialidad que se nos vende. Nos sentimos fuertemente globalizados, pero al mismo tiempo anhelamos cultivar nuestra individualidad.

El avance tecnológico en el ámbito de la genética, el conocimiento del cerebro etc. plantean nuevas cuestiones a la comprensión tradicional de “lo humano”. Nos preguntamos, con más radicalidad que en otros tiempos, qué es el cuerpo, qué es el espíritu, de qué dependen las relaciones, qué hay debajo de las pasiones, las virtudes, las reacciones más espontáneas o las provocadas. La antropología y la ética tradicionales se ven desbordadas por nuevos desafíos. La espiritualidad busca un nuevo rostro.

b) La globalización

El fenómeno de la globalización es un hecho ineludible. Tiene muchos aspectos y rostros. En

su aspecto negativo, la globalización del mercado (económica) distorsiona la posibilidad de intercambio y comunicación de los bienes de la tierra; la ideología neoliberal - que inspira este tipo de globalización - condena al desamparo, a la miseria y a la muerte a la mayor parte de la población mundial y modela en la restante una imagen del ser humano marcada por un hedonismo egoísta y por la fiebre del consumo. La ideología neoliberal y la consiguiente forma de globalización nos acecha e incluso nos afecta: bloquea la espiritualidad del compartir, de la solidaridad, del amor efectivo y nos tienta con un estilo de vida conformista y aburguesado; nos aleja del mundo de los pobres y de la espiritualidad de la pobreza evangélica y nos vuelve exigentes ante las que consideramos necesidades.

Otra forma perversa de globalización es la que se manifiesta en formas de violencia exterior (crimen organizado, nuevas formas de tráfico de esclavos; comercio de armas y de drogas; terrorismos) e interior (excesiva agresividad, violencia sagrada, oposición exacerbada, crítica sistemática...). Esta situación nos hace vivir en inseguridad y cerrados a la esperanza.

Hay, no obstante, formas muy positivas de globalización: el Espíritu impulsa a individuos y grupos a integrarse, sumar esfuerzos y asumir compromisos concretos en favor de la paz, de la justicia, de la integridad de la creación, el diálogo en todas sus formas... De ahí emergen nuevas formas de espiritualidad compartida.

c) La interculturalidad

También pertenece al deseo profundo de espiritualidad el contexto de interculturalidad que se va poco a poco diseñando. El avance tecnológico en el campo de la comunicación, unido a los desplazamientos de población debidos a diversos factores, ha posibilitado el acercamiento entre múltiples formas de entender la condición humana. Esta rica diversidad cultural, sin embargo, ha hecho surgir frecuentemente conflictos que derivan de la incomprensión ante lo diferente. Por otra parte, los medios de que disponen los distintos grupos humanos no están en el mismo nivel y, por consiguiente, con frecuencia las culturas dominantes producen el aniquilamiento y la desaparición de las diversidades y, con ello, una uniformidad producto del empobrecimiento cultural.

Si el Espíritu se expresa en las culturas, se crece en espiritualidad cuando aprendemos el arte de comunicarnos culturalmente. Este ejercicio no es nada fácil. Por eso la espiritualidad intercultural es un nuevo desafío que nosotros, misioneros, no podemos eludir, porque nos afecta. El desplazamiento paulatino del lugar originario de los miembros de las comunidades claretianas plantea nuevos desafíos y tensiones en las nuevas zonas de presencia congregacional. Son otras tantas oportunidades que se nos ofrecen para el mutuo enriquecimiento en la comunión y la misión.

2. Un nuevo contexto para la experiencia de Dios

La experiencia de Dios tiene hoy nuevas características. Los apasionados ateísmos de las culturas occidentales, pero que también han afectado a otras culturas, han purificado notablemente las actitudes religiosas, las concepciones de lo divino y la misma experiencia de Dios. Por otra parte, estamos asistiendo a una peculiar globalización de las creencias religiosas e interconexión entre ellas a través del diálogo interreligioso. El paso de una antropología

patriarcalista a una antropología inclusiva ha afectado profundamente a la comprensión de lo divino y a la integración del laicado, especialmente de las mujeres, en el ámbito de lo religioso.

a) La religiosidad en el contexto de la posmodernidad y del pluralismo religioso

El realismo intelectual de nuestro tiempo nos pide renunciar al culto excesivo a la razón instrumental y abrirnos a la razón emocional, comunicativa, estética, simbólica. Los sistemas dogmáticos fuertes nos parecen construcción presuntuosa de algunos seres humanos; hoy preferimos un acercamiento más modesto y complejo a la realidad. Por eso estamos más abiertos al pluralismo de valores, adoptamos una “ética para el camino” - contextualizada en cada momento -, hacemos un uso humilde y maleable del pensamiento. Y en todo ello percibimos un anhelo fuerte de espiritualidad, sin saber cómo configurarla. De ahí que el diálogo interreligioso se haya convertido en un instrumento imprescindible para saber descubrir los vientos y susurros del Espíritu en la humanidad. Los nuevos lugares de presencia claretiana nos acercan a otras tradiciones religiosas (p. ej., grandes religiones de Asia, religiones tradicionales de África) o a otras inquietudes religiosas (p. ej., grupos intelectuales, movimientos de religiosidad...) que ponen en crisis todo dogmatismo, pero que a la vez exigen un discernimiento capaz de superar toda ambigüedad y de abrirnos al futuro con sentido y fuerza creadora.

Sin embargo, junto a esta disponibilidad al diálogo resurgen a cada momento fundamentalismos e integristas de los que no estamos totalmente exentos. Ellos colocan, además, a un número mayor de claretianos en situaciones martiriales en que se exige el ofrecimiento de la propia vida en testimonio de la fe.

b) Comprensión relacional e inclusiva del ser humano

La espiritualidad que nuestro tiempo añora no puede prescindir de la concepción relacional del ser humano: mujer y varón. No hay una espiritualidad neutra. La configuración espiritual del ser humano requiere la interrelación y la integración de lo masculino y lo femenino. Esto tiene nuevas repercusiones en la configuración de la espiritualidad personal y colectiva, en la forma de vivir en comunión y en misión. Cuando “incluimos” - masculino y femenino, laical y ordenado, secular y consagrado - la espiritualidad crece en su ecosistema más natural. Cuando “excluimos”, la espiritualidad humana se pervierte.

Hablar de espiritualidad y misión compartida es la expresión de un nuevo contexto que nos afecta y al que estamos intentando dar respuesta.

Este ámbito, en que se entremezclan luces y sombras, es el lugar del anuncio consolador que haga verdad para toda la humanidad el designio de un año jubilar o “de gracia” sin límites de tiempo.

3. Deficiencias y aspiraciones que se detectan

A la hora de analizar nuestra vida espiritual nos hemos formulado unas preguntas sobre nuestras deficiencias y aspiraciones. A medida que profundicemos en una “espiritualidad para nuestro tiempo” veremos cómo las cuestiones y respuestas se hacen más complejas. De hecho, al examinar nuestra vida espiritual en los últimos años, detectamos algunas deficiencias y

algunas aspiraciones.

Descubrimos cuatro obstáculos a nivel personal: el exceso de actividad, el individualismo, la inmadurez personal y, sobre todo, la falta de una fe viva. Se resaltan dos graves obstáculos a nivel comunitario: la escasa comunicación (que repercute especialmente en los conflictos generacionales e ideológicos) y un estilo de vida aburguesado (que nos insensibiliza a las exigencias del Evangelio). Y también se constatan dos obstáculos estructurales: la falta de integración de las diferencias culturales y, en menor medida, algunas estructuras congregacionales que no favorecen el crecimiento espiritual.

La realidad mundial y congregacional en la que vivimos suscitan algunas aspiraciones: 1) Comprometernos en vivir una espiritualidad integral e integrada. 2) Crear ambientes propicios para el crecimiento espiritual. 3) Resaltar más el talante profético, inculturado y dialogante. 4) Profundizar doctrinalmente en nuestras fuentes espirituales. 5) Promover un itinerario comunitario que nos ayude a superar el individualismo.

4. La espiritualidad cristiana en nuestro tiempo

El contexto al que nos hemos referido nos indica ya la necesidad de “una nueva espiritualidad” para nuestro tiempo. Y no es por motivaciones banales, sino porque los signos de los tiempos y los lugares lo exigen, porque el ser humano lo necesita, porque la Revelación nos lo pide “hoy”. No pocos de nuestros misioneros lo perciben exactamente así. Entienden que la espiritualidad debe encarnarse en un tiempo nuevo, en nuevas culturas, en nuevos contextos humanos.

La espiritualidad responde a una necesidad de sentido global, a la necesidad de coincidencia constante, orgánica, entre el espíritu humano y el Espíritu de Dios. Hablar de “espiritualidad” es, ante todo, referirse al Espíritu Santo “Señor y dador de vida, que procede del Padre y el Hijo... y que habló por los profetas”. Su misteriosa Persona es el gran Agente de toda espiritualidad. Cuando tomamos conciencia de que el Espíritu nos ha sido dado y de que habita en nosotros, nos resulta más fácil dejarnos llevar por su fuerza y creatividad. El Espíritu inspira y lleva a culminación nuestros proyectos, sugiere y hace realidad nuestros sueños. Aunque tendemos a designar como espiritualidad los momentos de oración, meditación, etc., sabemos que la auténtica espiritualidad envuelve e implica nuestra vida con todo su haz de relaciones.

Así entendida, la espiritualidad no es propiedad de élites religiosas, sino una prerrogativa del Pueblo de Dios. En quienes creemos en Jesús y lo seguimos hasta identificarnos con Él, la espiritualidad tiene unos rasgos peculiares. Por eso es:

- *bíblica*: sostenida por la lectura continua de la Palabra de Dios;
- *litúrgica*: alimentada por la liturgia de la Iglesia;
- *crístocéntrica*: su objetivo es la “unión con Jesús” en su relación de amor a Dios Padre, en su unción por el Espíritu y en su amor salvífico y redentor hacia la humanidad;
- *eclesial-comunitaria*: se desarrolla cuando se vive en profunda comunión con todos los miembros de la Iglesia, abiertos a los otros creyentes y a la humanidad entera;

- *misionera*: enviada a dar testimonio y a ejercer el servicio de la caridad allí donde los seres humanos viven, trabajan, sufren y gozan, sueñan y se deprimen.
- *encarnada en pueblos y culturas e inserta entre los pobres*: la auténtica espiritualidad se enraíza en el alma de los pueblos que son sus culturas; va configurando la vida cristiana como vida pobre - no burguesa - y solidaria con los pobres de la tierra, comprometida con la justicia, la paz, la integridad de la creación, porque descubre en la comunión el espacio privilegiado para experimentar al Dios cristiano.

La “vida en el Espíritu” está sometida al tiempo, a la evolución. Por eso también hablamos de “camino de espiritualidad”, o de diversas configuraciones históricas o culturales de la

[2]

espiritualidad. En nuestro tiempo asistimos, por una parte, a una especie de globalización de la espiritualidad. Hay un gran despertar del Espíritu en muchos lugares de la tierra. Se perciben los primeros pasos hacia una espiritualidad mundializada. Existe, no obstante, el peligro de imponer hegemónicamente determinados modelos que cuentan con medios de comunicación y transmisión poderosos. Asistimos, por otra parte, al resurgir poderoso de modos peculiares de espiritualidad, especialmente los conectados con los lugares y sus culturas y tradiciones religiosas.

La espiritualidad acontece cuando se integran las dinámicas básicas del conocer, el sentir y el querer (mente, corazón y voluntad). La espiritualidad asume, por tanto, medios diversos como son el ejercicio físico, el silencio, la meditación, la oración personal, la contemplación, el estudio creativo, los servicios apostólicos desafiantes, las grandes causas, la red solidaria, el acompañamiento espiritual, el proyecto personal, etc. Todos ellos requieren convicción, entrega y creatividad.

II

RASGOS DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD MISIONERA

*“El Espíritu está sobre mí ... me ha enviado”
(Lc 4, 18-21)*

La Congregación es sensible cuando se toca la tecla de la espiritualidad. Estamos buscando un nuevo centro dinámico. Con muchas otras personas y grupos en la Iglesia añoramos un renacimiento espiritual. Pero ese deseo requiere un nuevo planteamiento.

Para iluminarlo vamos a insinuar brevemente: 1) cómo la Congregación ha entendido su espiritualidad en estos últimos años; y 2) qué perspectivas o coordenadas se presentan a nuestra espiritualidad hoy, teniendo en cuenta lo expuesto anteriormente.

1. ¿Cómo hemos entendido nuestra espiritualidad en los últimos años?

Aunque los grandes estímulos para nuestra espiritualidad nos vienen de la Madre Iglesia y del movimiento de los pueblos hacia el Reino de Dios, sin embargo, no podemos olvidar que somos en la Iglesia una “Congregación de Misioneros”, agraciados con un carisma. Este carisma colectivo le da una impronta peculiar a nuestra espiritualidad cristiana y nos hace desarrollarla - en nosotros y en los demás - desde perspectivas a las que somos especialmente sensibles. ¿Cuáles son? La respuesta la tenemos, en primer lugar, en nuestro Padre Fundador, Antonio María Claret, y también en el camino que la Congregación ha ido recorriendo en su historia; a la generación de los que ahora vivimos nos interesa de una manera muy especial el camino de espiritualidad que la Congregación se ha diseñado en estos últimos años [3].

a) La experiencia espiritual de Antonio María Claret

Nuestro Padre Fundador maduró su experiencia cristiana a través de un proceso que dio rasgos característicos a su fisonomía espiritual [4]. Cuatro expresiones, tomadas de su peculiar lectura de la Palabra de Dios, nos indican los pilares sobre los que se fundamentó su camino espiritual: “Quid prodest” (Mt 16, 26), “Patris mei” (Lc 2, 49), “Charitas Christi” (2Cor 5, 14), “Spiritus Domini” (Lc 4, 18; Is 61, 1). La primera expresión nos habla de su experiencia humana y las tres siguientes de su experiencia trinitaria de Dios.

QUID PRODEST. Se trata de la experiencia inicial, o la experiencia del umbral. El nombre está tomado del versículo de Mt 16, 26, que jugó un papel decisivo en la vida de Claret: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?” Aunque es una constante a lo largo de su existencia, se agudiza en determinados momentos y viene a ser la piedra de toque de su fidelidad vocacional. En Claret se manifiesta, sobre todo, en las grandes encrucijadas que solicitaron su conversión y sus ulteriores opciones.

PATRIS MEI. Expresa la relación de Claret con Dios Padre. Se refiere a la experiencia del amor de Dios - comunicado por el Espíritu - que inflama y dispone para recibir la forma del misionero. Equivale a estar “*en las cosas que miran al servicio de mi Padre*”, como Jesús en Lc 2, 49. Es, pues, como el fundamento de su vida misionera, la experiencia sin la cual no se puede producir ningún proceso de configuración. Lo mismo que en Jesús, filiación y misión son dos dimensiones inseparables en esta espiritualidad.

CHARITAS CHRISTI. La vida de Claret es una existencia que sólo se entiende desde Jesucristo, cuyo nombre no se puede invocar sin el auxilio de Dios. [5] Jesucristo es el eje de su vida en torno al cual gira todo. Esta centralidad queda reflejada en el texto paulino, 2Co 5, 14, que figura como lema de su escudo episcopal: “*La caridad de Cristo nos urge*”. Es la experiencia claretiana de la imitación, seguimiento y configuración con el Hijo enviado por el Padre, nacido de María y ungido por el Espíritu.

SPIRITUS DOMINI. Es la clave más íntima del proceso configurador. Cuando Claret quiere interpretar su vocación evangelizadora, comprende “de un modo muy particular” las palabras “*El Espíritu del Señor está sobre mi y me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena*

Nueva” (cf Lc 4, 18; Is 61, 1). En ellas se condensa su experiencia de sentirse un-gido y enviado por el Espíritu para anunciar, como Jesús, el Evangelio a los pobres. [6]

b) Nuestra herencia espiritual

El don recibido por Claret se continúa y desarrolla en nuestra Congregación por él fundada. Citando nuestros documentos más recientes, notamos algunas coincidencias esenciales:

Principio organizador: Nuestro P. Fundador reconoció en la vocación misionera el motivo que marcó toda su vida y actividad apostólica [7]. “Su vocación al apostolado le abrió los ojos y el corazón para contemplar y discernir los males que padecían la Iglesia y la sociedad... pero al mismo tiempo le proporcionó recursos y le sugirió medios para remediarlos” [8]. Nosotros resumimos en la palabra *misionero* nuestro patrimonio carismático [9]. Nos sentimos comunidad convocada por el Espíritu para el anuncio de la Palabra [10]; nos sabemos llamados a vivir como “misioneros apostólicos”, al estilo de los Apóstoles. Ello implica vivir los consejos evangélicos en comunidad de vida con Jesús y con los hermanos, para ser enviados y proclamar a todo el mundo la Buena Nueva del Reino [11]. Nuestras opciones de evangelización [12] forman parte integrante de la espiritualidad claretiana; la configuran como espiritualidad misionera, inculturada, profética, identificada con los pobres y multiplicadora de evangelizadores. Estas mismas exigencias despiertan en nosotros actitudes de disponibilidad, éxodo, itinerancia y docilidad al Espíritu [13].

Primado de la Palabra de Dios: Claret descubrió “su radical experiencia de Dios en Cristo con la asidua meditación de la Sagrada Escritura... manteniendo viva su sensibilidad por captar lo que más urgía a la Iglesia y a la sociedad de su tiempo en relación al plan salvífico” [14]. Nosotros hemos heredado de él una espiritualidad de *oyentes y servidores de la Palabra*. Acoger la Palabra que nos hace discípulos, anunciarla y ser testigos de ella, es nuestro modo de seguir a Jesús [15]. Contemplamos al Maestro y escuchamos su Palabra para anunciar el Reino, abriéndole nuestro corazón y compartiendo las angustias y esperanzas de nuestros hermanos [16].

Centralidad de Cristo: Claret vivió su espiritualidad en un proceso que parte de “una profunda sintonía de amistad con Cristo (sobre todo a través del sacramento eucarístico), desde cuya intimidad de Hijo va paulatinamente descubriendo a Dios el Padre, que envía a Jesús porque ama al mundo” [17]. Plasma su ideal desde “la configuración con Cristo *consagrado y enviado* por el Padre para la redención del mundo” a través de la “imitación exterior de las llamadas

virtudes apostólicas y de la vivencia de sus actitudes interiores y la plena transformación: *es Cristo quien vive en mí*" [18]. El P. Fundador identifica a Cristo como: a) El Hijo preocupado por las cosas del Padre [19]; b) El Hijo ungido para evangelizar a los pobres [20]; c) El Hijo del hombre que no tiene donde reclinar la cabeza [21]; d) Signo de contradicción [22]; e) Hijo de María [23]; f) Enviado por el Padre y ungido por el Espíritu, comparte con los Apóstoles su vida y misión [24]. También nosotros definimos nuestro ser misionero como identificación con Cristo Evangelizador. Desde la celebración eucarística, vivimos la íntima comunión con Él. [25]

Ahí se origina todo lo que somos y hacemos .

La mediación ineludible de María: En su aproximación a Jesús y en su comprensión de las vías de salvación del mundo, contó Claret con la presencia intensísima de María, con la cual se sintió íntimamente vinculado, tanto en el origen como en el ejercicio de la misión [26]. La comunión amorosa y filial con María adquiere su expresión culminante cuando Claret dice: "María Santísima es mi madre, mi madrina, mi maestra, mi directora y mi todo después de Jesús" [27]. En el Fundador y en nosotros se da una espiritualidad cordimariana [28]. Claret nos presentó el Corazón de María como la fragua ardiente donde nos forjamos para el ministerio. La comunidad descubre y aprende en el Corazón de María el camino de la escucha. Habitada por la Palabra, no vivirá dividida, ni será insensible a los clamores de Dios en los hombres [29]. "Nuestro estilo profético de vida recibe del Corazón Inmaculado de María, madre de la Congregación, una impronta peculiar. Ella nos enseña que, sin corazón, sin ternura, sin amor, no hay profecía creíble" [30].

Espiritualidad integradora: En la Autobiografía nuestro Padre Fundador ejemplifica la espiritualidad a partir del carácter simbólico de objetos y animales, abierto a la presencia salvadora en la armonía de la creación. También así Claret se demuestra seguidor del Jesús de las Parábolas, que nos propuso por modelo en el ministerio.

La síntesis de la espiritualidad que recibimos de Claret es ésta: "El Espíritu del Padre y del Hijo - Espíritu también de nuestra Madre - es el centro integrador de todas las dimensiones de nuestra vida y misión" [31]. Desde Él nos consagramos "a Cristo y al Corazón de María, en perfecta vida apostólica y evangélica, orando y sufriendo por la salvación de los hombres para gloria de Dios Padre" [32].

Esta experiencia de gracia, compartida desde el principio con un grupo de compañeros a quienes el Señor había dado el mismo espíritu [33], es el fundamento de nuestra existencia

[34]

caris-mática en la Iglesia .

c) En fidelidad creativa

Para realizar los imperativos conciliares de renovación, hemos releído nuestra propia historia.

[35]

Durante este camino se ha conocido la presencia del Espíritu . Cada Capítulo General ha sido un tiempo de evaluación, síntesis y proyección. Este proceso continuo nos ha permitido descubrir nuevos rasgos que también nos identifican espiritualmente:

Espiritualidad profética: requiere *cultivar* en profundidad la experiencia de Dios, *escuchar la Palabra, discernir* a la luz del Espíritu los desafíos de nuestro tiempo y *traducirlos* con valentía y audacia en opciones y proyectos coherentes tanto con el carisma original como con

[36]

las exigencias de la situación histórica concreta . “Sólo cuando hay coherencia entre el

[37]

anuncio y la vida, la profecía se hace persuasiva” .

Espiritualidad comunitaria y de comunión: La persona crece y se plenifica abriéndose a la comunión, insertándose en la historia. Por eso, gracias a la comunión y a la misión comunitaria

[38]

desarrollamos nuestra personalidad como claretianos .

Espiritualidad arraigada en el Pueblo de Dios: Impulsaremos la vivencia de una espiritualidad más comprometida y compartida con el Pueblo de Dios y con los agentes de evangelización, dejándonos evangelizar por los pobres y los valores culturales y religiosos de

[39]

los pueblos . Como Claret, sabemos que nuestra misión nos vincula particularmente con la

[40]

gente sencilla, con ‘los menesterosos y los pobres’ . Todo esto nos hará insertarnos

[41]

progresivamente en la Iglesia local y universal, colaborando con ellas .

Espiritualidad integral: Hemos de vivir una espiritualidad que una la oración-contemplación y la actividad apostólica, al estilo de Claret. Para ello, debemos suplicar al Espíritu la gracia de ser contemplativos en la misión y servirnos de medios como el acompañamiento espiritual que

[42]

favorezca nuestro progreso en la vida misionera . El cuidado y desarrollo de la dimensión humana nos hace evangelizadores alegres, dialogantes, atentos, comprensivos, con visión

[43]

positiva de la vida, manifestando en el “exterior la interna plenitud de la gracia” .

Espiritualidad convergente: no todos expresamos la vocación misionera de la misma forma: somos misioneros siendo presbíteros, diáconos, hermanos y estudiantes. Por eso, la espiritualidad misionera se manifiesta en unos como *espiritualidad presbiteral o diaconal* y en

[44]

otros como *espiritualidad de ministros no-ordenados o laical-consagrada* . La diferenciación procede también de las culturas, pueblos e iglesias particulares en las que

estamos insertos. Potenciar estos rasgos distintivos dentro de la única espiritualidad misionera, redundando en bien de la misión y de la comunión, porque tienden hacia un despliegue más completo de las posibilidades latentes en el carisma. Los Misioneros Presbíteros nos ayudan desde su ministerio ordenado a vivir nuestra común condición de servidores y a potenciar los carismas de todos los miembros de la comunidad cristiana desde la experiencia de la comunión y de la misión. Los Misioneros Hermanos, por su parte, expresan la fraternidad que debe caracterizar nuestra vida misionera, así como la dimensión laical de nuestra misión compartida

[45]

2. Coordinadas para nuestra espiritualidad “hoy”

Entre nosotros, misioneros, hay diversas posturas y perspectivas a la hora de comprender la espiritualidad. Por eso creemos oportuno ofrecer algunas sugerencias para orientar un esfuerzo que se promete generoso.

a) En la itinerancia del Pueblo de Dios

Entendemos nuestra espiritualidad misionera no como algo aparte, sino como nuestra forma peculiar de participar en la espiritualidad del Pueblo de Dios. Formamos parte de una gran comunidad guiada por el Espíritu y en la cual el Espíritu actúa en la diversidad de pueblos y culturas, pero genera una admirable comunión de corazón, alma y bienes. Creemos humildemente que nuestro carisma contribuye a potenciar el ala profética del Pueblo de Dios. Por eso, juzgamos importante y decisivo que nuestra espiritualidad se alimente del caminar espiritual de nuestros pueblos, de la realidad histórica que nos desafía y estimula. Nuestro lugar de vida y misión es el pueblo al que Dios elige como destinatario de su Reino, donde acontecen los milagros, donde tienen sentido las parábolas, donde la palabra profética ilumina el camino de la historia.

b) Desde la caridad, siempre

Nuestra espiritualidad confiesa que el amor es su impulso originario: “charitas Christi urget nos”. El “hoy” de la caridad es un *kayrós* que nos invita a: 1) ser fieles a la realidad y a colaborar con el Espíritu de Jesús - el Mesías - en la liberación de los pobres, oprimidos y excluidos (cf Lc 4), promoviendo los derechos humanos, la cultura de la paz y proclamando la justicia contra toda injusticia; 2) salir con el Pueblo de Dios de los Egiptos que hoy nos esclavizan para entrar por los desiertos de la historia como testigos de la Alianza y del Reino de Dios, ya concedido a los pobres, con una sabiduría paciente que protege y guía la creación en el espíritu de las bienaventuranzas; 3) estar entrenados personalmente mediante las virtudes (fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza), que hoy recuperan un nuevo sentido en la espiritualidad militante para la transformación de un mundo injusto.

c) Espiritualidad en contextos de posmodernidad

La posmodernidad critica las utopías (de derecha o de izquierda) y los grandes relatos de la modernidad (razón, progreso, revolución, libertad e historia) y prefiere gozar de la experiencia inmediata, sin otra norma que una vaga tolerancia dispuesta a prescindir funcionalmente de los valores hasta superar el límite de la contradicción.

Ante esta realidad socio-cultural posmoderna, nuestra entrega total a la misión ha de manifestarse como creencia en el Dios de la vida que nos brinda su plenitud y también como gesto de fraternidad hacia quienes vemos como hijos de un Padre y Madre común.

d) Perspectiva apocalíptica

Los misioneros claretianos queremos estar muy vigilantes ante la acción del Espíritu en diferentes momentos y circunstancias. Nuestro Padre Fundador era un ejemplo de atención a los signos de los tiempos. Es más, nos infundió una espiritualidad con fuertes tonalidades apocalípticas. Ello no significa catastrofismo, sino revelación del Gran Designio de Dios en medio de un tiempo de contradicciones, luchas e injusticias.

La vigilancia nos llevará a vivir nuestra espiritualidad en: 1) situaciones martiriales donde, más que la acción, sea la pasión la que caracterice nuestro ministerio; 2) contextos de diálogo interreligioso, en los que sepamos acoger la presencia del Espíritu en nuestros interlocutores, acertemos a comunicar nuestra fe en Jesús, nuestro Señor y Siervo de todos, Cuerpo entregado, y actuemos desde la kénosis, humildad y mansedumbre - tan propias de nuestro Maestro -; 3) una fuerte conciencia de justicia y de compromiso por la paz, que nos haga mensajeros y testigos en situaciones conflictivas y duras.

e) Espiritualidad “abierta”

Entendemos que nuestra espiritualidad no es una realidad cerrada, que se ha de repetir como un programa. Está siempre en trance de actualización, de conexión con diferentes fuerzas que la animan y la enriquecen.

Dentro de la Congregación se aprecia un fuerte pluralismo en el ámbito de la espiritualidad. No todos llevamos el mismo ritmo, ni le damos a la espiritualidad el mismo color, ni ponemos el acento en los mismos valores. Es muy fuerte entre no pocos de nuestros misioneros de América, pero también de Asia (Filipinas) y de Europa, la espiritualidad de la liberación. En Asia, especialmente en India, Japón, Corea, la espiritualidad emergente tiene mucho que ver con *el diálogo de vida*; las experiencias de los ashrams o los contactos con el hinduismo y budismo, las teologías emergentes (dalit, tribal, etc.) configuran un modelo interreligioso de espiritualidad. También en África están sintiendo nuestros misioneros la pujanza de una espiritualidad fuertemente conectada con sus grandes tradiciones religiosas; los claretianos de África viven esta espiritualidad desde el compromiso por la paz y la justicia en un contexto de democracia “tronquée”, de guerra, tribalismo, etc. En Europa se está dando un renacer de la espiritualidad, después de la purificación a la que ha sido sometida por las filosofías de la sospecha (Nietzsche, Marx, Freud), el ateísmo y la increencia; se recuperan las tradiciones místicas, pero reinterpretadas desde la solidaridad, la encarnación, el compromiso con el mundo.

Estos procesos nos disponen a la complementariedad y reciprocidad. En una Iglesia que busca

[46]

cielos y tierra donde habite la justicia, el laicado no sólo aporta nuevas presencias ministeriales, sino dones del Espíritu a compartir en la gracia del encuentro. Particularmente urge aceptar una integración plena de la mujer tanto en la sociedad como en las comunidades

cris[47]tianas, pues sin ella es impensable la nueva evangelización y una respuesta de toda la humanidad al designio que nos salva.

Al comenzar el tercer milenio, es imperativo dilatar globalmente los ámbitos del amor [48], promoviéndolo a todos los niveles desde una sincera estima de los diversos ritos en la Iglesia Católica y un profundo respeto ante cualquier religión y creencia.

III

UN CAMINO DE ESPIRITUALIDAD MISIONERA PARA HOY

“Y pasando por medio de ellos, seguía su camino” (Lc 4, 30)

La unción del Espíritu, que hemos recibido para evangelizar, modela nuestra biografía como un camino espiritual^[49]. Ese camino tiene un objetivo: configurarnos con el ideal de misionero que nos propone el Padre Fundador en la definición del Hijo del Inmaculado Co-razón de María y que expresan también las Constituciones y las Declaraciones de nuestro magisterio interno. Ese itinerario - sugerido por el Espíritu - tiene diversas etapas, dispone de diferentes estrategias y medios. Es imprevisible, aunque se atiene a nuestra forma humana de ser y se va configurando como biografía espiritual.

Después de exponer la situación del mundo a comienzos de este nuevo milenio y la conciencia que esta Congregación tiene hoy de su espiritualidad misionera, dedicamos esta tercera parte a describir nuestro Camino de Espiritualidad misionera hoy.

1. El camino del misionero: una biografía al servicio del Reino

Nuestro camino de espiritualidad es, ante todo, el camino de un misionero^[50]. No está trazado previamente; ni se atiene a reglas preestablecidas. Es la misión con sus urgencias la que marca y define nuestra agenda, nuestros días, meses y años. Nos sirve como paradigma el camino de los primeros evangelizadores según los Hechos de los Apóstoles. El Espíritu Santo los guiaba y vivían movidos por su inspiración. Ese es también nuestro recorrido. Ese fue el camino paradigmático de nuestro Fundador^[51].

a) Camino biográfico del misionero

La vida en el Espíritu de un misionero se adecua a las etapas vitales de todo ser humano adulto: descubrimiento vocacional, actividad en respuesta al descubrimiento, crisis y etapa final de serenidad y mayor pasividad. En cada una de estas etapas, el ser humano encuentra posibilidades y dificultades, perspectivas y limitaciones.

Las etapas de nuestro Fundador, Antonio María Claret, en su tiempo de adulto podrían resumirse en estos tres verbos que le eran tan significativos: *orar, trabajar y sufrir*^[52]. Hubo en él una primera etapa de discernimiento, oración, búsqueda vocacional; en ella tuvo la experiencia del “quid prodest”^[53]. Después le advino otra etapa en que, urgido por la Caridad de Cristo, se dedicó sin reservas a la acción misionera y a la búsqueda de su lugar auténtico en la Iglesia^[54]. La última etapa de su vida estuvo marcada por una gran crisis, en la que experimentó la pasión, el sufrimiento, la persecución y, al mismo tiempo, se sintió agraciado con el don del amor a los enemigos y la identificación más intensa con Jesús Eucaristía^[55].

A través de estas etapas paradigmáticas, y no simplemente sucesivas, pasamos todos nosotros, misioneros. Responden a nuestros ciclos vitales; en ellas se revela la voluntad de Dios sobre nosotros.

Tras la formación inicial, los misioneros quedamos plenamente insertos en la actividad apostólica. En ella hay que aprender a vivir con plenitud la juventud del amor y del entusiasmo por Cristo. La edad mediana nos confronta con el riesgo de la rutina y la desazón por la falta o escasez de resultados. Éste es el tiempo para revisar, a luz del Evangelio y del carisma, nuestro amor primero, nuestra vocación originaria. Encontramos un nuevo empuje y nuevos motivos de perseverancia en la vocación. En esta etapa uno se va sintiendo invitado a concentrarse en lo esencial. La edad madura comporta el riesgo de caer en el individualismo, en la cerrazón ante la vida, o en la relajación. El camino espiritual nos ayuda a potenciar nuestro tono vital, a purificarnos y a entregarnos en oblación generosa. Esta edad nos ofrece la posibilidad de madurar en el don y la experiencia de la paternidad espiritual. La edad avanzada se caracteriza por un progresivo alejamiento de la actividad, o por la enfermedad o la inactividad forzosa. Aunque sea un tiempo frecuentemente doloroso, ofrece al misionero anciano la oportunidad de dejarse plasmar por la Pascua del Señor. En estas circunstancias la misión adquiere la tonalidad de la pasión; pasión que nos identifica con la pasión del Señor. Así llega a cumplimiento en cada misionero el misterioso proceso de espiritualidad iniciado tiempo atrás. La muerte es entonces esperada y preparada como acto de amor supremo y de entrega total de uno mismo^[56].

b) La dinámica del crecimiento en el Espíritu

Por otra parte, dentro de la dinámica de la vida en el Espíritu hay un esquema triádico, “purificación-iluminación-uniión”, que caracteriza el dinamismo interno de cada una de las etapas vitales de un misionero.

Estamos habitados por el pecado, o los pecados-raíces^[57]. Los medios ascéticos típicos de la tradición espiritual de la Iglesia nos ayudan a dominar y corregir las tendencias de nuestra naturaleza herida por el pecado. El camino que conduce a la santidad conlleva la aceptación del combate espiritual. Nuestro Padre Fundador nos impulsa a ejercitar en nosotros las virtudes y a luchar contra las malas tendencias^[58]. Los maestros de espíritu enseñan cómo es necesario

aprender el arte del autodomínio y la autointegración para vivir satisfactoria-mente el don recibido.

La escucha de la Palabra, la oración, la contemplación, el estudio, la inserción en la realidad, iluminan nuestra vida y le dan nuevas energías para progresar en el camino del Señor^[59]. El Espíritu nos concede sus mociones que hacen posible lo que a nuestras fuerzas parece imposible^[60].

La docilidad creciente al Espíritu nos hace ahondar en nuestra experiencia de unión con Jesucristo y nos hace disfrutar de ella. La conformación con Jesucristo es presentada por nuestras Constituciones como la meta de nuestro camino espiritual^[61].

c) El “misterio” de la acción apostólica

Ser misionero es participar en la “missio Dei”. Por eso, nuestra acción apostólica es santa. Dios es el primer sujeto de nuestra acción. Así lo expresaba nuestro Fundador, tras su predicación en Andalucía: “el Señor en mí siempre se hacía el gasto”^[62]. Nuestra acción apostólica es, asimismo, la acción de un cuerpo y no sólo de un miembro. Formamos un “nosotros congregacional” - y más aún, un “*nosotros eclesial*” - que es el auténtico sujeto de toda empresa misionera: “*hay en la Iglesia unidad de misión, pero pluralidad de ministerio*”^[63].

Desde esta conciencia, superamos cualquier visión individualista de nuestro ministerio y nos sentimos conectados con la historia de la Salvación en nuestro tiempo^[64]. Cuando nuestro servicio misionero nace del celo y de la caridad, deja aflorar nuestras mejores posibilidades, construye nuestra personalidad y diseña nuestra biografía.

La acción apostólica no es pura exterioridad. Es la sacramentalización de la misión del Espíritu y del Señor Resucitado^[65], de la misión de la Iglesia y de la Congregación dentro de ella. Desde aquí se comprende por qué existe un admirable desnivel entre nuestro compromiso misionero y sus resultados. El resultado es siempre mayor que el esfuerzo. Durante la misión estamos en Dios y en la Iglesia, somos instrumentos suyos y por eso su acción está presente en nuestra propia acción^[66].

Esto nos pide que integremos interioridad y actividad. En la misión no dejamos de estar con Cristo. Es más, entonces estamos unidos con Él de una manera muy especial^[67]. La preparación de cada uno de nuestros ministerios, sobre todo del anuncio de la Palabra y de la celebración de los Sacramentos, es un momento constituyente de nuestra espiritualidad^[68].

d) Evangelizados al evangelizar

La acción evangelizadora es, por lo tanto, para nosotros la fuente principal de nuestra espiritualidad. No sólo porque a través de ella evangelizamos a los demás, sino porque

también a través de ella somos evangelizados. ^[69] Esto acontece bajo ciertas condiciones:

- Cuando estamos dispuestos a *escuchar* y a *acoger* y no sólo a hablar y actuar. ^[70] Las “semillas del Verbo” (*semina Verbi*) han sido sembradas en todo ser humano, en toda comunidad humana; tales semillas son “palabra de Dios” para nosotros; palabra con la que hay que dialogar y a la que hay que escuchar. La atención a la Palabra de Dios es para el misionero el presupuesto que le permite ser después un buen ministro de la Palabra.
- Cuando *valoramos* lo diferente. Descubrir los valores que hay en los diferentes grupos humanos y en las personas, dejarse impresionar y enriquecer por ellos, es fuente de espiritualidad. Sus consecuencias son imprevisibles, como imprevisible es el Espíritu.
- Cuando nos *convertimos al otro*: la escucha y acogida del otro favorecen un proceso de cambio personal que se expresa en la encarnación o inserción. El misionero comparte la vida de los destinatarios de su misión evangelizadora. Con-vive con ellos y en ellos encuentra una de las fuentes de su vitalidad.

e) Capacidad de lucha, imaginación creadora y martirio

En el camino biográfico de cada misionero surgen múltiples obstáculos, dificultades y pruebas. También emergen momentos imprevisibles, cruciales y decisivos. Factores externos, como un destino, un fracaso, un acontecimiento histórico, o internos, como una enfermedad o una depresión, o una pérdida, o una amistad, o una crisis de fe o de identidad, pueden tensionar enormemente su vida. El misionero podrá descubrir el sentido de su vocación si dispone de un acompañante espiritual, de hermanos cercanos que lo acogen, de amigos que lo aconsejan y confortan ^[71]. Por otra parte, son muchos los que se oponen a la instauración del Reino ^[72]. Al misionero, sin embargo, “nada le arredra; se goza en las privaciones; abraza los sacrificios...”. Activa en sí mismo las virtudes de la perseverancia y constancia, de la fortaleza y la prudencia.

Ante las dificultades, el misionero demuestra su imaginación profética y su capacidad creadora... La falta de Espíritu lleva a la rutina, a la monotonía, a la mera repetición. La presencia del Espíritu es fuego que todo lo anima y lo recrea. Nunca un misionero se acostumbra. Siempre descubre la novedad del Reino de Dios en todo lo que hace.

En el horizonte de la vida de un auténtico misionero está siempre la posibilidad del martirio, el “caso serio” de la entrega, de la caridad, de la confesión de la fe y de la proclamación de la esperanza. El martirio es un don. Y así ha sido siempre reconocido. Es un don para el mártir y también para la comunidad y la Congregación. Es un don paradójico, pero real. Podemos rehuirlo de antemano, si eludimos el peligro, si buscamos seguridades, si evitamos cualquier tipo de riesgo. El martirio como horizonte da un color especial a la vida misionera ^[73].

Dentro de las formas de martirio están aquellos compromisos con la evangelización, con los demás, con el pueblo de Dios, que comportan marginación, aislamiento, condena. Es cuando el misionero puede decir: “estuve en la cárcel”, “fui expulsado”... La formación inicial y

continúa se convierte así en una “escuela para el martirio”.

2. En el camino espiritual y sacramental de la Iglesia

Afirmando que nuestra vocación - de consagrados y misioneros - se fundamenta en el bautismo y la confirmación, hacemos referencia a lo que es “nuclear”, “fundante” en nosotros. No tenemos una vocación que nos hace superiores a los demás; sino una vocación particular que nos capacita para ser cristianos de verdad. Por eso el elemento fundante de nuestra espiritualidad es aquel que compartimos con todos nuestros hermanos y hermanas, *christifideles*.

a) El ciclo del Año litúrgico, “nuestro” camino de espiritualidad

La madre Iglesia nos ofrece a todos los cristianos, y por lo tanto también a nosotros, los misioneros, un excelente camino de espiritualidad: el ciclo del año litúrgico. Es un ciclo anual de espera y preparación (Adviento), génesis y nacimiento (Navidad), iniciación y purificación (Cuaresma), muerte y resurrección (Pascua) y vida ordinaria ^[74]. A través de él podemos revivir cíclicamente - de forma personal y comunitaria - todos los misterios de la existencia cristiana e integrar en nuestra vida, de forma pedagógica y progresiva, el alimento de la Palabra de Dios y el magisterio espiritual de la Iglesia.

El ciclo del Año Litúrgico es vivido por nosotros día a día, en diversos momentos, que llenan de sentido espiritual nuestra jornada: la celebración de la Eucaristía, el Oficio de lectura, la celebración de Laudes y Vísperas, el rezo de la Hora intermedia y de Completas ^[75].

Nuestra integración en el misterio de la Liturgia eclesial es para nosotros el mejor camino de espiritualidad. Lo recorreremos junto a todo el pueblo de Dios; unos como ministros ordenados ^[76], otros como hermanos misioneros.

b) En el corazón de la Iglesia eucarística

Para nosotros, misioneros claretianos, la celebración de la Eucaristía y el culto de la Presencia del Señor son el eje de nuestra espiritualidad y la fuerza de nuestro camino. Así lo hemos heredado de nuestro Padre Fundador. Toda su vida espiritual giró en torno a este misterio y desde él se hizo proyecto, hasta culminar en la identificación misteriosa con el Señor (la gracia de las especies sacramentales) ^[77].

La fundante experiencia eucarística de Claret encuentra hoy una admirable continuidad y profundización en la llamada “eclesiología eucarística”, superando el mero devocionismo eucarístico. Se trata de ser conscientes y de vivir el misterio de la Iglesia desde su fuente y su culmen, desde su raíz y su expresión más alta, que es la Presencia eucarística del Señor ^[78].

Por eso para nosotros la Eucaristía no es una mera devoción, sino el centro generador de nuestra vida misionera y comunitaria, allí donde se hace y rehace el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, allí donde la Revelación de la Palabra acontece con más intensidad y eficacia. En efecto, la Palabra que escuchamos y proclamamos es para nosotros mismos y para los demás

convocatoria a la mesa eucarística. Y en la Eucaristía ella adquiere plenitud de fuerza sacramental en relación con el Cuerpo de Cristo, a la vez que explicita el sentido mayor de la comunión eclesial e interioriza, en quien participa en la fracción del pan, la actitud oblativa y de solidaridad con que partirá luego como servidor de la Palabra al encuentro de sus hermanos.

Como Claret, también nosotros vivimos el misterio eucarístico en el tiempo. En nuestra vida adquiere diversas tonalidades, diversos significados. No somos capaces de vivir de una vez el misterio, y por eso de él hacemos el “pan nuestro de cada día”. Aunque es uno solo el misterio que se celebra, para nosotros es diferente cada experiencia eucarística. Deseamos llegar a la identificación y configuración con Jesús hasta que podamos decir: “no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”, y hacer, con Él, de nuestra vida un don “para que todos tengan vida y la tengan en abundancia” (cf. Jn 10, 10).

Reunidos en torno a la Mesa del Señor, que comparte su vida con sus discípulos, sentimos el dolor de la exclusión de tantas personas de esa otra mesa que el Señor ha preparado para todos sus hijos e hijas: los bienes de la Creación confiados al cuidado de familia humana. La Eucaristía es una llamada poderosa a colaborar a la transformación del mundo según el designio de Dios.

c) Orar en y desde la Presencia eucarística

Con nuestro Padre Fundador entendemos que el núcleo de toda oración cristiana está en la Eucaristía. La celebración eucarística nos muestra que oramos “por Cristo, con Él y en Él”. La Iglesia no es autora de su oración, sino la que acoge la oración de Jesús y del Espíritu, que le es ofrecida. El Jesús que llamó a doce hombres “para que estuvieran con él” (Mc 3, 14) quiere estar “para siempre” con nosotros en una perfecta comunión de vida y de oración. El Jesús que nos da su Cuerpo y Sangre, como Iglesia-Esposa, nos da también su oración, su intercesión, su alabanza y adoración.

La Eucaristía es la oración que la Iglesia proclama “por nuestro Señor Jesucristo”. La Iglesia eucarística nunca ora sola. La Iglesia y su Señor están unidos en una misma carne (cf Ef 5, 31), en una misma palabra, en una misma pasión; son un solo cuerpo, en una misma y única oración

[79]. En cuanto Esposa, la Iglesia participa en la oración del Esposo. Haciendo la Eucaristía, la Iglesia se realiza a sí misma. “La iglesia hace la Eucaristía... la Eucaristía hace la iglesia”.

Unidos a Cristo, intercedemos por los hombres y mujeres de la tierra. Suplicamos al Padre que envíe su Espíritu para hacer los signos mesiánicos del Reino. En la oración nos hacemos solidarios de todas las situaciones conflictivas de la tierra. Dejamos que penetren en nosotros los gemidos y gritos de sufrimiento de la humanidad y de la naturaleza, para que se conviertan

en plegaria, en intercesión [80]. Sólo se ora en el Espíritu, como Jesús, cuando los gritos del pueblo, que suben al trono de Dios, se confunden con nuestra voz suplicante. La oración se hace solidaridad, comunión espiritual con todos... “Orad por vuestros enemigos”, nos decía Jesús. La Eucaristía deviene, entonces, el sacramento por excelencia para re-unión de los dispersos, “sacramentum mundi”. Al mismo tiempo, la contemplación de Jesús en la

Eucaristía libera nuestros corazones de los miedos y del egoísmo, y nos lleva inexorablemente a un decidido compromiso en favor de los hermanos que sufren o están oprimidos.

d) Acoger el don de la Palabra

“La Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora” ^[81]. El documento capitular “Servidores de la Palabra” nos ofrece una perspectiva espiritual importante para desarrollar la dimensión de “oyentes de la Palabra” ^[82]. Sólo la pasión por la Palabra nos alimenta e impulsa a entregarla a los demás. Somos “ser-vidores de la Palabra en comunidad” ^[83]. Sin una profunda pasión por ella no somos nada. A través de la lectura asidua de la Palabra consolidamos nuestra identidad como discípulos de Jesús y redescubrimos la misión que Él nos confía de anunciar el Reino. Nuestras comunidades están llamadas a ser verdaderas escuelas de espiritualidad donde, como hizo María, se escuche, acoja y comparta la Palabra.

El proyecto Palabra-Misión, que la Congregación nos ha propuesto, nos ayuda a profundizar nuestro encuentro personal y comunitario con la Palabra de Dios y nos facilita entenderla en sus contextos y traducirla en nuestra vida misionera.

e) La oración como memoria, especialmente de María Santísima

La comunión de la Iglesia con los seres humanos no queda restringida a quienes todavía viven. La Iglesia se siente solidaria también “hacia atrás”. Hace memoria de los que nos precedieron, los evoca, los convoca en su fe y crea una comunidad universal. Ciertas personas santas, como José, esposo de María, Antonio María Claret, Ignacio de Loyola, Alfonso María de Ligorio, Domingo de Guzmán, Teresa de Jesús, Catalina de Siena, nuestros mártires de Barbastro, etc., pero sobre todo la bienaventurada Virgen María, están muy presentes en nuestra memoria colectiva y orante. Nuestra espiritualidad se alimenta y configura a partir de su vivencia misionera y de su intercesión.

María, madre de Jesús, madre de nuestra Congregación, es para nosotros una memoria y presencia permanente. Nos reconocemos “hijos de su Corazón”; la evocamos como formadora, directora y ante todo como madre espiritual. Nuestra espiritualidad misionera tiene una impronta cordimariana insustituible ^[84]. Experimentamos que, como en Jesús, nuestra misión tiene que ver con nuestra condición filial.

La memoria de quienes pasaron por la tierra bajo el signo de la fe o en la esperanza universal del Reino, se convierte en plegaria subversiva, peligrosa para el “statu quo”. La historia de los vencidos, de los que no tuvieron éxito, de los que cruzaron anónimamente por la historia, de quienes sufrieron las consecuencias de la injusticia, queda re-actualizada e interiorizada como energía transformadora.

Además de las memorias de los santos canonizados, hacemos memoria de nuestros difuntos

viviendo en comunión con ellos, nuestras raíces, nuestros padres y madres en la fe, aprendiendo de ellos y estimulándonos a no repetir sus mismos errores. Y todo esto en la presencia de Dios que los ha recibido amorosamente e iluminado con su Luz: “Admítelos a contemplar la luz de tu rostro” (II Plegaria eucarística).

e) Gracia sanadora: Reconciliación y Unción de los enfermos

La madre Iglesia ofrece al creyente, enfermo espiritual o corporalmente, procesos de sanación que culminan en los sacramentos de la reconciliación y la unción de los enfermos. También nosotros, misioneros, enfermamos bajo el influjo de nuestro pecado o de las vicisitudes por las que pasa nuestra corporeidad. Recurrimos a procesos penitenciales o de sanación y los celebramos adecuadamente en los sacramentos de la gracia sanadora. San Pablo entendía el propio ministerio reconciliador a partir del haber sido él mismo reconciliado por la gracia del Señor (cf 2Co 5, 18-19).

En casos especialmente graves reconocemos la necesidad de vivir períodos de re-iniciación cristiana y misionera ^[85]. Sólo en ese contexto la celebración sacramental, que la iglesia nos ofrece, adquiere toda su fuerza y sentido reconstituyente. En esos momentos, el acompañamiento espiritual y la cercanía de la comunidad son de gran importancia.

3. En comunidad de Vida

La vida de nuestras comunidades gira en torno a la convivencia y a la oración; pero la misión es central para toda comunidad. Los hermanos son fuente de santificación porque son lugares de la acción divina.

a) Insertos en nuestra tradición espiritual

La espiritualidad se transmite entre nosotros por medio de la convivencia y la comunión.

Entrar en la comunidad de la Congregación es integrarse en una gran tradición espiritual y comprometerse en fidelidad creativa con ella. Los ancianos de la Congregación y aquellos organismos más envejecidos adquieren en este contexto un nuevo relieve. Ellos son los testigos, los ministros de la tradición espiritual. Su presencia e influjo es especialmente importante en aquellos lugares en que viven nuestros jóvenes misioneros para que la herencia se haga profecía. Cabe a los misioneros más ancianos una función de paternidad en el espíritu ^[86].

Entrar en la comunidad de la Congregación significa, abrirse recíprocamente a un futuro, en el que nuevas generaciones tendrán una función decisiva en la regeneración espiritual y su transmisión ^[87].

b) En una comunidad, como familia en el Espíritu

Vivimos nuestra espiritualidad misionera en una comunidad, familia en el Espíritu. Esto requiere comunicación de fe, realizar un camino conjunto, ayuda mutua, corrección fraterna, compartir los recursos y las experiencias como auténticos hermanos en el Señor ^[88].

La comunión en el espíritu es necesaria. Las asambleas comunitarias deben convertirse en ámbito de comunicación y diálogo - especialmente en la elaboración del proyecto comunitario - y menos de debate o mera programación de actividades ^[89].

Uno de los efectos más negativos de la secularización y fragmentación de la sociedad es la pérdida de identidad social por parte del religioso en nuestra sociedad. Y ésta es una necesidad básica. Todo el mundo necesita sentirse encajado, aceptado socialmente. Por esto padecemos una falta de pertenencia e identidad. Es evidente que nuestro lugar social por excelencia para encontrar esa defensa de nuestra identidad es la comunidad en que vivimos. La comunidad nos ofrece apoyo a esa razón profunda, vocacional, de nuestra existencia como consagrados. Nuestra pertenencia a una comunidad nos hace comprender que somos importantes, no sólo por aquello que hacemos, sino, sobre todo, por lo que somos. Nuestro amor fraterno es el mejor signo para nuestra sociedad: "la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (Mt 18, 20)" ^[90]. Ahora bien, esto no es posible si nuestra comunión no alcanza a nuestra vida espiritual, porque, nuestra vida fraterna es "participación en la comunión trinitaria" ^[91], y este modelo exige no reservarse nada.

La comunidad misionera está necesitada - entre nosotros - de una renovación profunda. La "casa misión" de los nuevos tiempos debe ser regenerada en las diferentes circunscripciones de la Congregación. Nuestra comunidad local está llamada a ser escuela de espiritualidad misionera ^[92]. Nuestra comunidad claretiana es misionera y no monástica. Vivir entre el pueblo la fraternidad religiosa y misionera y salir a la misión desde esa experiencia es un camino que da un nuevo aire a nuestra espiritualidad. La fraternidad inserta descubre el sentido profundo de la Palabra ^[93], vive de un modo peculiar la Eucaristía y la colaboración estrecha con la Iglesia local y con la cultura de cada pueblo ^[94].

Surgen entre nosotros comunidades claretianas multiculturales; la comunión intercultural nos presenta nuevos desafíos.

En este mismo contexto se resalta la importancia que han tenido y deben tener los Encuentros y Talleres realizados por los Misioneros Claretianos como focos de animación espiritual y encuentro regenerador.

c) El discernimiento comunitario en el Espíritu

Una comunidad misionera es, de forma relevante, una comunidad experta en el discernimiento espiritual. Quizá sea uno de los aspectos en que más podemos crecer en el futuro. Discernir el buen espíritu es algo que supera la mera agudeza intelectual. Ahí nadie puede sentirse superior a nadie. En el discernimiento una comunidad se coloca humildemente ante Dios con el deseo de descubrir su voluntad ^[95]. Por eso el discernimiento exige: oración, escucha de Dios y de los hermanos, conciencia de que Dios suele revelar sus misterios a los más sencillos, pobres y jóvenes.

Presupuesto humano para todo auténtico discernimiento es: saber dialogar, elaborar soluciones, acoger o tratar conflictos personales.

d) Comunidad apasionada por el Reino de Dios en la Iglesia

Todo en nuestra vida quiere centrarse en el Reino de Dios que llega ^[96]. Así vivimos como los Apóstoles y al estilo de los Apóstoles.

La acentuación de la dimensión profética de nuestro carisma afecta a nuestra espiritualidad personal y comunitaria ^[97]. Pertenece al pueblo elegido por Dios como destinatario de su Reino, donde la palabra profética ilumina el camino de la historia, propicia la vida justa y digna de todo ser humano y promueve la fraternidad querida por el Padre.

Nunca hemos de olvidar que formamos comunidades que pertenecen también a la gran comunidad que es la Iglesia y sus iglesias particulares con sus Pastores. Nuestro Padre

Fundador nos quería muy insertos en el dinamismo espiritual de la Iglesia ^[98]. Nuestra misma ministerialidad no se comprende sin este arraigo eclesial. Por eso nos dejamos llevar por sus grandes impulsos espirituales, por su magisterio, por la acción imprevisible del Espíritu en ella y sobre todo por su Liturgia.

Nuestro amor a la Iglesia se puede manifestar a veces en una sana crítica y defensa humilde de los valores evangélicos.

4. El camino personal de espiritualidad misionera

Cada misionero responde a su vocación cuando articula su propio camino de espiritualidad en un proyecto personal de vida y se compromete seria y fielmente con él. Aunque no nos justifican nuestras obras - ¡sólo la acción del Espíritu en nosotros! -, sin embargo, propio de nosotros es tomar conciencia del don, con el cual hemos sido agraciados, dejarlo actuar y cuidarlo. Propio nuestro es creer en las posibilidades que el Espíritu nos concede y dejarnos

llevar por Él en nuestra vida personal ^[99]. La espiritualidad tiene que ver sobre todo con la fe en Jesús, el Hijo de Dios, con la confianza en Él y en su Espíritu, con el amor de amistad y agradecimiento y desde Él con nuestra fidelidad a la Alianza.

a) Fidelidad a nuestra Alianza y sus compromisos

Dios Padre nos ha ofrecido en Jesús una Alianza nueva y eterna. Nosotros hemos aceptado la llamada a seguir a Jesús y a imitarlo en su fidelidad y compromiso. El carisma de los consejos evangélicos (obediencia, castidad, pobreza), que recibimos como don y tarea, expresa nuestro compromiso de Alianza y nos hace servidores de ella en este mundo. La vivencia fiel de los tres consejos evangélicos configura nuestra espiritualidad personal, comunitaria y misionera.. El despliegue sucesivo de todas sus energías nos sitúa en un auténtico camino de espiritualidad

^[100]. Mediante los consejos evangélicos el Espíritu Santo nos libera de todo desorden del sexo, del tener y del poder, y nos habilita para hacer de estas realidades fundantes mediaciones de amor a Dios y a los hermanos, expresiones y caminos de caridad apostólica. Vivir los

consejos evangélicos es vivir como Jesús. A través de un itinerario hecho a base de llamadas, dones y renunciaciones, experimentamos la muerte a nosotros mismos y la fuerza misteriosa de Dios en la debilidad de nuestras vidas.

Cuando nos dejamos aconsejar por el Evangelio de Jesús y por su Espíritu, y somos dóciles - en el corazón y en las obras - entramos en un clima de profunda felicidad y la transmitimos juntamente con la paz. El Evangelio nos aconseja sobre todo vivir en sintonía con los más pobres, los más débiles, los más excluidos de la mesa del amor. Los consejos evangélicos son un camino de integración personal y comunitaria en un mundo que a menudo presenta muchas fuerzas desintegradoras. En la medida en que desarrollemos nuestra vida según sus exigencias experimentaremos el gozo de los que siguen al Señor. Este gozo choca a menudo con los criterios de felicidad que más se difunden a través de los medios de comunicación social. Por eso los consejos evangélicos tienen una enorme carga contracultural, profética.

El contexto histórico y cultural en el que estamos nos ofrece nuevas posibilidades para configurar mejor nuestra vivencia de la obediencia, pobreza y castidad. Pero al mismo tiempo la ideología neoliberal, tan omnipresente, nos amenaza y tienta. La castidad está llamada a desplegar la capacidad oblativa y redentora del amor. La pobreza misionera ha de resplandecer como parábola en acción y presencia viva de Jesús, que se hizo pobre entre los seres humanos. La opción por los pobres debe ser hoy, más que nunca, encarnación realista de solidaridad y profetismo ^[101]. En un mundo donde el rostro de Cristo se ha multiplicado en la presencia creciente de los pobres, es imposible la vida misionera sin una relación personal y un compromiso serio con estos hermanos de Cristo, hijos preferidos de Dios. La obediencia nos dispone para buscar los caminos de Dios y comprometernos en una acción concertada.

Presentamos ahora algunos medios que nos permiten avanzar en el camino de la espiritualidad y superar nuestras malas tendencias y bloqueos.

b) Ejercitación del cuerpo

También forma parte del proceso espiritual la atención al cuerpo. La unidad psicosomática - cada vez más puesta de relieve - nos indica que no puede haber espiritualidad sin referencia al cuerpo, ni auténtica corporeidad sin referencia al espíritu. Cuando nuestra realidad corporal no está equilibrada también tiende a desequilibrarse nuestro espíritu.

Las tradiciones espirituales más integradoras prestan una gran atención al cuerpo y a su ascesis. Así lo ponen de relieve algunos de nuestros hermanos que están en contacto con la espiritualidad hindú o budista. Cuando esto se reconoce, se re-descubre el sentido de la práctica del ayuno y de la abstinencia, del ejercicio físico regular, la alimentación sana y austera, el deporte. Sobre todo en la espiritualidad oriental - cada vez más valorada y acogida entre nosotros - éste es un punto clave. Cada vez estamos más convencidos de la interrelación entre equilibrio psicosomático y vida espiritual. Los desequilibrios o dependencias de diverso

tipo que nos pueden aquejar ^[102] encuentran aquí su mejor antídoto.

Nuestro cuerpo es el templo del Espíritu y miembro del cuerpo de Cristo; su misión es glorificar a Dios. En el cuerpo queda grabada nuestra historia, nuestras memorias más

profundas. El cuerpo es el lugar de nuestra aventura existencial. Tiene vocación eucarística, hasta convertirse en un cuerpo entregado. La virtud de la castidad va haciendo que progresivamente todo quede integrado en la dimensión corporal.

Nuestro cuerpo está en estrechísima conexión con la naturaleza. Es aquella parte de la naturaleza que más hemos domesticado. Nuestra espiritualidad adquiere así tonos profundamente ecológicos, que no debemos desatender. Muchos de nuestros hermanos están viviendo la espiritualidad de la naturaleza, de la pasión ecológica ^[103]. Es un excelente síntoma ^[104].

Esta sensibilidad nos hace percibir mejor las posibilidades de todos los cuerpos humanos, pero también sus desgracias y degradaciones. No pocos de nuestros misioneros descubren - como parte de su espiritualidad - el acercamiento a los cuerpos humanos, para curarlos del mal - como hacía Jesús -, para dignificarlos y convertirlos en ámbitos de dignidad y de experiencia religiosa y cristiana.

c) Oración personal

La oración tiene un sentido dinámico en nuestra espiritualidad. Claret se encendía en celo misionero durante la oración: “in meditatione mea, exardescit ignis” (Sal 38, 4 - cf Vg) era uno de sus textos preferidos. El capítulo de las Constituciones dedicado a la oración dice que ante todo es “oración misionera”; ha de estar abierta a la realidad de la creación y de la historia; es reconocimiento, adoración, intercesión y alabanza constante de la presencia de Dios en nuestro mundo y en la historia, eco de una vida solidaria con los hermanos, sobre todo con los pobres y los que sufren. Nuestra relación más íntima con Dios Abbá está marcada - como en Jesús - por la conciencia de la misión que compartimos y por la intercesión profética ^[105].

Comprendemos perfectamente la importancia de la oración personal en nuestras vidas; pero hay una queja generalizada de que no sabemos oponer resistencia al ritmo frenético que llevamos y no mostramos voluntad de encontrar regularmente el sosiego necesario y el tiempo apropiado para orar. Si el deseo es fuerte, encontrará sin duda el modo de hacerse realidad. La oración personal tiene que llegar a ser un compromiso diario en nuestra vida. Es la mejor forma de celebrar nuestra alianza con el Señor, Esposo de la Iglesia, para que nuestra misión sea fructífera. Este encuentro personal con el Señor da sentido a todo lo que acontece y a todo lo que hacemos. Favorecer la oración de nuestros hermanos - individual y comunitariamente - es atender a su salud espiritual. El Directorio CMF nos ofrece unas pautas prácticas que no debemos olvidar ^[106].

Conviene dar un especial énfasis entre nosotros a la pastoral de la oración misionera teniendo en cuenta las diferencias culturales. En la Congregación se manifiestan actualmente diferentes sensibilidades al respecto: una es la sensibilidad asiática, otra la africana, otra la europea, otra la americana. En todo caso, han de ser bien acogidos entre nosotros quienes tienen el don del magisterio en la oración y en la vida del Espíritu - ¡maestros de oración! -.

d) Contemplación y arte

La capacidad contemplativa - tan necesaria para vivir en el espíritu - no se reduce al estudio. Se expresa de otras formas. Nuestro Abbá y Creador nos ha dotado de sentidos, sensibilidad, capacidad de simbolismo y de trascendencia. El desarrollo de estas capacidades potencia insospechadamente nuestra espiritualidad. No olvidamos que en el “*Veni Creator*” se suplica al Espíritu que encienda la luz de los sentidos (“*accende lumen sensibus*”). Potenciados por la presencia del Espíritu, nuestros sentidos perciben mejor la realidad, disfrutan de ella; son el mejor preámbulo para la experiencia espiritual. Cuando se desarrolla en nosotros la capacidad de ver, oír, oler, tocar, gustar, nuestro espíritu encuentra las mejores disposiciones para activarse y encontrar el sentido de la realidad. La ascética de los sentidos no tiene otra finalidad que ésta: “oír”, “ver”, “tocar”, “oler”, “gustar” de una forma más iluminada ^[107]. La contemplación del arte nos prepara para entrar en los límites y desde ellos llegar a la trascendencia de todo lo que existe.

Con-templación nos evoca la palabra “templo”. Con-templa quien es capaz de descubrir en todo su dimensión simbólica, trascendente, y convierte la realidad en lugar de epifanía de la Gloria de Dios (cf Sal 19, 1-7), en un auténtico “templo”. La contemplación del arte y de la creación, arte de Dios, potencia nuestra mirada simbólica y sacramental.

Un elemento importantísimo dentro de la espiritualidad - que depende en gran manera de la contemplación - es la capacidad creadora o creativa. Dios nos ha creado creadores. La capacidad de creación es expresión de espiritualidad. Sólo el Espíritu es creador. Quienes se dejan llevar por el Espíritu perciben en sí mismos una fuerte capacidad de creación en todos los ámbitos del ser humano.

Estamos convencidos de que todos los fenómenos de creatividad que se han producido entre nosotros han sido auténticos fenómenos en el Espíritu, independientemente del campo en el que hayan tenido lugar. Es así como el Espíritu se manifiesta en el ser humano: como *Spiritus Creator*.

e) Lectura espiritual y estudio

Nuestro carisma de oyentes y servidores de la Palabra nos pide que cultivemos de una manera especial la dimensión contemplativa. A ella pertenece - como ya decía santo Tomás de Aquino - el estudio. La dimensión contemplativa se desarrolla en nosotros a través del estudio regular, ^[108] de la lectura, la reflexión intelectual y emocional .

Hoy disponemos de enorme información. Pero ¿de qué sirve si no se traduce en formación? Toda información es alimento potencial para nuestro espíritu y nuestra misión; se pasa de la potencialidad a la realidad a través del “esfuerzo del concepto”, a través de la disciplina del estudio y la meditación. La información que nos forma nos permite tener una mente más abierta, más católica. Nos prepara para vivir con más intensidad y mayor realismo. La inquietud intelectual nos abre al mundo del espíritu y despliega en nosotros esa innata ^[109] capacidad filosófica y teológica con que hemos sido agraciados .

Una comunidad de misioneros excesivamente pragmáticos, meros trabajadores, que no cultivan su espíritu, su capacidad intelectual, no puede ejercer un ministerio de ayuda a sus hermanos y hermanas.

Además de la información periodística, hay otro nivel de información que ha demostrado su consistencia histórica: es la lectura de las grandes obras del pensamiento, de la literatura, del arte. La falta de hondura espiritual que a veces se detecta entre nosotros tiene aquí una de sus causas principales.

f) Acompañamiento espiritual y proyecto personal

Muchos misioneros reconocen la importancia que tiene para nuestro camino de espiritualidad el acompañamiento espiritual, no sólo en la juventud, sino en todas las edades. Necesitamos comunicarnos al más profundo nivel con algún hermano o hermana experimentado en el camino del Señor ^[110]. Nos sirve de referencia, de contraste, de estímulo. A nuestros superiores les compete un servicio de animación espiritual con relación a la comunidad y desde ella, a cada uno de los hermanos de comunidad ^[111]. Hay un desplazamiento en la sensibilidad actual hacia el acompañamiento compartido en grupo de revisión de vida, que es interesante, aunque se realice entre miembros de diferentes comunidades e incluso con otros miembros de la Familia Claretiana.

El proyecto personal es expresión de responsabilidad vocacional ^[112]. Se expresa así el compromiso en la Alianza con Dios de cada uno de nosotros. La elaboración del proyecto personal sólo tiene sentido cuando se hace como respuesta a la Gracia de Dios y a la presencia de Dios en nuestra vida.

La corrección fraterna ha sido siempre importante en la espiritualidad eclesial y religiosa. Jesús nos pidió, no que critiquemos a nuestros hermanos, sino que, desde el primado del amor y el respeto, colaboremos al crecimiento personal y comunitario (cf Mt 18).

CONCLUSIÓN

Si dejamos aflorar en nosotros, misioneros, la sed de espiritualidad que nos habita, habremos de estar atentos a las sorpresas del Espíritu. Algo nuevo irá naciendo en nosotros. Caerán barreras. Lo imposible será posible. Florecerán nuestros desiertos. Se apagará nuestra sed. Seremos mensajeros alegres y entusiastas de la Buena Noticia. María, la profetisa de un mundo nuevo, la madre de la Alianza nueva y eterna, actuará a través de nosotros sus hijos, y “engendrará nuevos hijos por el Evangelio”. Ella nos inspirará el estilo de espiritualidad que, como Fundadora nuestra, desea de nosotros.

El pueblo de Dios nos necesita, al mismo tiempo que nosotros lo necesitamos. Durante nuestro Congreso de Espiritualidad y en las aportaciones de los misioneros a este proceso, hemos puesto de relieve la fuerza y energía espiritual que llega a nosotros a través del pueblo santo de Dios. Por eso creemos que el contacto con él, Iglesia de Dios, asamblea santa, nos santifica; que la vivencia de su liturgia nos consagra, la misión compartida nos dignifica, la espiritualidad con-vivida nos santifica.

Como Misioneros del Reino, animados por el espíritu de Claret, acogemos la invitación que, al inicio de este tercer milenio, nos hace Juan Pablo II en la carta *Novo millennio ineunte*: “Duc in altum! ¡Caminemos con esperanza!”^[113]. Contamos con el maternal amparo de María, prototipo de una vida cumplida recorriendo los senderos de la fe, de la esperanza y de la caridad. En su Corazón se hallan concentradas todas las expectativas de la humanidad. Ella nos muestra a Cristo Jesús, nuestra esperanza (1Tim 1, 1), y alienta nuestra fidelidad en la misión profética.

APÉNDICES

- Mensaje del Congreso
- Reflexiones introductorias al Congreso
- Discurso de Clausura
- Bibliografía

MENSAJE DEL CONGRESO A TODA LA CONGREGACIÓN

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió para anunciar la Buena Nueva a los pobres...» (Lc 4,18).

«Mi espíritu es para todo el mundo...» (San Antonio M^a Claret, Carta al Nuncio Apostólico, 12 de agosto 1849).

Procedentes de distintas partes del mundo 55 claretianos nos hemos reunido en Majadahonda, Madrid, en España, para celebrar nuestra común espiritualidad misionera y profundizar en su estudio. Con nosotros han participado algunas representantes de las otras ramas de la Familia claretiana fundadas por San Antonio María Claret.

En estos días hemos experimentado con intensidad una comunión plural. Vivimos y trabajamos en culturas distintas y sentimos esta realidad como riqueza y como desafío. Riqueza, porque el anhelo misionero de San Antonio María Claret se encarna en diferentes áreas geográficas y se expresa en nuevas formas. Desafío, porque nos obliga a preguntarnos qué significa ser claretiano en situaciones históricas y culturales muy distintas. La diferencia de nuestros contextos de origen se ha convertido en don para todos, gracias a la apertura al diálogo que ha caracterizado este encuentro.

Preparación

El diálogo había comenzado ya desde la reunión de Superiores Mayores en Bangalore, India, en 1998. De por medio estaba una propuesta del XXII Capítulo General a la que debía responderse con fidelidad: *nuestra Congregación ha de ser siempre más una escuela auténtica de espiritualidad misionera desde la inspiración de Claret y nuestra tradición*. El Capítulo había encomendado al Gobierno General *continuar animando el conocimiento de nuestra espiritualidad y su configuración como auténtico camino de vida* (EMP 23). De ahí la necesidad de profundizar el talante misionero de esta espiritualidad, en diálogo con los signos de los tiempos y de los lugares, como exigencia de nuestra condición de profetas del Reino y servidores de la Palabra. El proceso, participado por toda la Congregación en su fase preparatoria, tenía ese objetivo. La reflexión y el diálogo de estos días ha tenido como punto de partida la vida y las experiencias recogidas a través de las encuestas realizadas.

Celebración

El Congreso ha sido, en palabras de muchos, una experiencia de gracia, un soplo refrescante del Espíritu. Así lo vivimos ya desde su inicio cuando el P. General nos propuso como

objetivos:

- Agradecer el don del Espíritu a la Iglesia en la vida y obra de San Antonio María Claret.
- Celebrar la vida claretiana propagada y seguida por las distintas generaciones en los diferentes contextos sociales y culturales.
- Promover la fidelidad al carisma fundacional, como respuesta a los desafíos a la misión que nos llegan en los signos de los tiempos y de los lugares.

Quizás en estos días no hayamos podido aportar respuestas completas a todas las inquietudes en torno al tema. Tampoco lo pretendíamos. Más bien, inspirados en la experiencia evangélica y misionera de Claret, hemos intentado establecer un diálogo entre la tradición congregacional y la vida misionera en los distintos contextos donde hoy la Congregación está presente.

Son muchos los desafíos que se presentan a nuestra espiritualidad misionera en las distintas partes del mundo. A todos ellos hemos querido ser sensibles. Dentro del gran “signo de los tiempos” que se suele llamar globalización, lleno de enormes posibilidades para una universalidad más solidaria, queremos estar especialmente atentos a sus rostros negativos que se oponen a los valores del Reino. Entre ellos destacan: el neoliberalismo económico que causa sufrimiento en muchos pueblos; la falta de respeto a las culturas autóctonas; la mayoría de los atentados en contra de la paz, la justicia, la vida y la integridad de la creación; así como algunos rasgos de la cultura posmoderna y todas las formas de fundamentalismo, incluidos los cristianos. Ante esto no podemos callar.

Todo eso nos afecta como habitantes del mundo y nos desafía como misioneros «ungidos por el Espíritu para anunciar la Buena Nueva». Al mismo tiempo, suscita en nosotros, con nueva fuerza, algunas inquietudes:

¿cómo debe ser la oración del misionero y de su comunidad?

¿cómo articular la acción y la contemplación, desde la misión en cuanto eje central de nuestra vida?

¿cómo ubicarnos ante las situaciones históricas, desde la fe y la vida en el Espíritu?

¿cómo hacer del contacto con la realidad de nuestros pueblos alimento y fuente de sentido para la vida misionera?

¿cómo potenciar una armonía espiritual que integre la dimensión corporal y cósmica?

¿cómo traducir en estilo de vida y en compromisos concretos estas interpelaciones?

La vocación misionera comporta una sintonía con la pasión de Dios por su Pueblo. Los problemas del mundo encuentran una resonancia en la totalidad de nuestra vida, más allá de los compromisos pastorales concretos. Las preguntas indicadas lo demuestran. También demuestran que nuestra espiritualidad está marcada por contradicciones que inquietan a todos.

Algunos contenidos de nuestra espiritualidad

En intensas jornadas de oración compartida y de diálogo fraterno hemos ido explicitando algunos elementos que no deberían faltar en nuestra espiritualidad misionera hoy.

Estamos convencidos de la llamada del Espíritu para dar más espacio en nuestra vida personal y comunitaria a la oración, integrando en ella los desafíos que descubrimos en el ejercicio de nuestro ministerio.

Cada uno, presbítero, diácono o hermano, desde las expresiones propias de nuestra única vocación misionera, necesita caminar, junto con todos los miembros del Pueblo de Dios, aportando nuestro carisma y colaborando en la difícil y gozosa tarea de construir el Reino.

El contacto con las culturas y tradiciones religiosas de nuestros pueblos nos ayuda a descubrir la acción del Espíritu más allá del ámbito de la Iglesia y nos invita a entrar en un diálogo en el que encuentra su lugar el anuncio evangélico y del que surge la colaboración para crear un mundo más justo y fraterno.

Reafirmamos la importancia de la escucha asidua de la Palabra de Dios que hemos sido enviados a anunciar. En ella encontramos las claves para leer la realidad y discernir los caminos de respuesta al proyecto de Dios que nos transmite.

La Eucaristía, tema recurrente en el Congreso, fue uno de los ejes fundamentales en la experiencia espiritual del Padre Fundador. De ello hemos hecho memoria en el acto eucarístico que celebramos en la iglesia del Rosario de la Granja, en Segovia. Como claretianos nos sentimos fuertemente interpelados acerca de la vivencia de este elemento de nuestra espiritualidad: ¿cómo la celebración de la Eucaristía nos va configurando con Jesús “que entrega su vida para que todos tengan vida”? De ahí su importancia como fundamento de nuestra comunión y alimento indispensable para la tarea misionera.

María, oyente y servidora de la Palabra, es una presencia significativa en nuestras vidas. En su Magníficat encontramos una fuerte inspiración para vivir la dimensión profética de nuestro carisma: desde su Corazón, Ella nos enseña a acompañar la profecía con ternura y compasión.

Hoy, más que nunca en nuestra historia, se impone la toma de consciencia de la pluralidad de pueblos y culturas presentes en nuestra comunidad congregacional. Sin obviar las dificultades que conlleva armonizar lo diverso, requerimos mayor apertura a la realidad del otro, acompañada por un creciente respeto a sus valores.

El acompañamiento espiritual, con frecuencia descuidado, es un instrumento muy útil para caminar hacia aquella verdadera integración personal que nos permite vivir armónicamente todas las dimensiones de nuestra vida. Vemos también la conveniencia de las ayudas que se nos brindan desde el campo de la psicología, como, por ejemplo, la consulta profesional cuando sea necesaria.

Continuidad y repercusiones en la Congregación

Al terminar todo el proceso de preparación y celebración del Congreso, contamos con un material abundante de reflexión, que ha sido confiado al Gobierno General. Una comisión – ya nombrada – se encargará de elaborar este material y plasmarlo en un documento que nos ayude a renovar e impulsar nuestra espiritualidad misionera y profética.

Regresamos a nuestras comunidades con la esperanza de que la realización de este Congreso contribuirá a crear un futuro lleno de aquel vigor espiritual que caracterizó a nuestro P.

Fundador. Para nosotros, el trabajo realizado, más que un punto de llegada, es punto de partida y un nuevo impulso.

Nos sentimos llamados a vivir ahora la profecía de la vida ordinaria, a hacer de la vida de cada uno de nosotros y de nuestras comunidades una expresión de esos tiempos nuevos y mejores que, como personas renovadas por el Espíritu que “hace nuevas todas las cosas”, queremos contribuir a alumbrar.

Majadahonda, 17 de julio de 2001

REFLEXIONES INTRODUCTORIAS AL CONGRESO

Saludo a todos y a cada uno de los participantes de este Congreso de Espiritualidad Claretiana. Saludo, de modo especial, a nuestras Hermanas de la Familia Claretiana quienes con gozo han respondido a nuestra invitación. Gracias por vuestra disponibilidad y por el esfuerzo realizado, sobre todo los que vienen de más lejos, para llegar hasta aquí. Bienvenidos, bienvenidas, y que estos días podamos disfrutar de la presencia del Espíritu entre nosotros, quien nos ha convocado a seguir a Jesús al estilo de Claret como Misioneros que se desviven por anunciar la Buena Nueva del Reino. ¡Son diversas las proveniencias y ocupaciones, pero es idéntico el ideal que nos une!

El Gobierno General ha querido dar especial relieve a este Congreso en el que nos ocuparemos de nuestra espiritualidad claretiana en el inicio del tercer milenio. Un tema tan importante y de tanta trascendencia pedía que todo el Gobierno General participara en él e, igualmente, que estuvieran representados los Organismos y algunas Misiones nuevas de la Congregación. A pesar de que, desde el principio se delimitó a un número restringido los participantes, no hemos querido que faltaran, al menos, representantes de las ramas directas de la Familia Claretiana. Ellas serán memoria viva de uno de los signos de nuestro tiempo en la Iglesia: la llamada a compartir la espiritualidad y la misión.

1. Cuando hablamos de espiritualidad, ¿qué queremos decir?

Una pregunta que parece innecesaria y, sin embargo, según se responda, revelamos la manera de situarnos ante Dios, ante los hombres, ante la realidad histórica en la que vivimos.

Al inicio del tercer milenio se constata en el mundo entero, entre los cristianos y entre los no cristianos, “una difusa exigencia de espiritualidad”. Muchos hombres y mujeres no saben a qué atenerse ante este amplio y arrollador movimiento que ensancha por demás el concepto de espiritualidad, equiparado no pocas veces con la belleza, la libertad, la felicidad, el éxtasis y la solidaridad intramundanas. Aun dentro de la Iglesia, que ha constatado la presencia operante del Espíritu en múltiples manifestaciones, que ha visto florecer a lo largo del siglo XX figuras excepcionales de santidad y ha acumulado grandes estudios sobre las escuelas y los sistemas de espiritualidad, que ha experimentado dentro de sí el imperativo teórico y práctico de la renovación, existen católicos que no ven despejado el modo de llegar a una adecuada comprensión teológica de la experiencia cristiana, capaz de hacer camino en diálogo con Dios,

con los hombres y con todo lo creado. Los vientos y susurros del Espíritu en la humanidad precisan un continuo discernimiento para no confundirlos con las voces de los ídolos. Sólo el cultivo del sereno discernimiento, que supone estudio y responsabilidad, nos permitirá superar toda tentación de dogmatismo y de ambigüedad y estar siempre abiertos al futuro con sentido y fuerza creadora.

El Concilio Vaticano II supuso la apertura de una nueva época en la espiritualidad. Su forma de concebir al hombre en el mundo y en la historia, la reflexión sobre el misterio de la Iglesia y el protagonismo del Espíritu Santo en ella, el relieve dado a la Palabra de Dios y a la Liturgia, el impulso de las dimensiones misionera y ecuménica, etc, son elementos que han posibilitado una comprensión y han animado a vivir la vida cristiana de forma más complejiva e integradora. Hoy no se puede pensar la espiritualidad sin tener en cuenta las dimensiones trinitaria (que incluye la cristológica y la pneumatológica), eclesial, mariana, antropológica (cultural, social e histórica), contemplativa y litúrgica (se inspira y alimenta de la Palabra de Dios y de los Sacramentos), misionera y escatológica. La espiritualidad en este momento tiene especiales implicaciones y resonancias comunitarias. El hilo conductor lo lleva el Espíritu que promueve en el cristiano el seguimiento de Jesús, la vivencia del Misterio Pascual, la praxis de las Bienaventuranzas, de la oración, del combate espiritual, del silencio, de la ascésis, etc.

En estos últimos años, la vida espiritual y la misión de los cristianos, también de los consagrados, se ha visto interpelada y enriquecida por las preocupaciones eclesiales en torno al laicado y, en especial, el papel de la mujer; los pobres y los derechos humanos; la justicia, la paz y la salvaguarda de la creación; la globalización y las culturas; los movimientos comunitarios, el diálogo ecuménico, interreligioso e intercultural, etc. Pero la espiritualidad en el futuro no será genérica ni abstracta. El teólogo Von Balthasar llegó a decir que la espiritualidad es el rostro subjetivo de la teología. De hecho, después de un periodo de reflexión surge otro de praxis, de vivencia de lo reflexionado. El desarrollo de la teología del Reino de Dios, de los carismas y ministerios, de las formas de vida cristiana y de la inculturación de la vida cristiana, darán perfil preciso a la espiritualidad y subrayarán la necesidad de compromiso en los contextos culturales y sociales.

El término espiritualidad indica el “*estilo de vida*” con que vivimos nuestra condición de hombres cristianos, religiosos, misioneros. Espiritualidad para un cristiano es “*la vida según el Espíritu*”; “*caminar en el Espíritu*” (cf Rom 8, 1-17). Es el proceso o camino de santidad o de perfección, que implica “*motivación, impulso, utopía, causa por la que vivir y luchar*” y se traduce en actitudes de fidelidad, generosidad y compromiso vital de totalidad. Pero siempre con el Espíritu de Jesús. La espiritualidad es una peculiar forma de seguir a Jesús, de vivir en Jesús según el Espíritu, quien en cada uno de los momentos y en cada circunstancia de la historia nos induce a vivir en plenitud la filiación, la fraternidad y la misión.

La Exhortación postsinodal *Christifideles laici* ha ofrecido esta síntesis de los elementos que encierra una vida en santidad: “La vida según el Espíritu, cuyo fruto es la santificación (cf Rm 6,22; Ga 5, 22), suscita y exige de todos y de cada uno de los bautizados el **seguimiento y la imitación de Jesucristo**, en la recepción de sus Bienaventuranzas, en el escuchar y meditar la Palabra de Dios, en la participación consciente y activa en la vida litúrgica y sacramental de la

Iglesia, en la oración individual, familiar y comunitaria, en el hambre y sed de justicia, en el llevar a la práctica el mandamiento del amor en todas las circunstancias de la vida y en el servicio a los hermanos, especialmente si se trata de los más pequeños, de los pobres y de los que sufren” [\[114\]](#)

La Exhortación VC tiene una definición precisa para los consagrados: *“Podemos decir que la vida espiritual, entendida como vida en Cristo, vida según el Espíritu, es como un itinerario de progresiva fidelidad, en el que la persona consagrada es guiada por el Espíritu y conformada por él a Cristo, en total comunión de amor y de servicio en la Iglesia.*

Todos estos elementos, calando hondo en las varias formas de vida consagrada, generan una espiritualidad peculiar, esto es, un proyecto preciso de relación con Dios y con el ambiente circundante, caracterizado por peculiares dinamismos espirituales y por opciones operativas que resaltan y representan uno u otro aspecto del único misterio de Cristo. Cuando la Iglesia reconoce una forma de vida consagrada o un instituto, garantiza que en su carisma espiritual y apostólico se dan todos los requisitos objetivos para alcanzar la perfección evangélica personal y comunitaria” [\[115\]](#).

Las palabras finales de este número nos advierten que de la importancia que demos a la espiritualidad en las Familias Religiosas *“depende la fecundidad apostólica, la generosidad en el amor a los pobres y el mismo atractivo vocacional ante las nuevas generaciones”*.

2. Los objetivos de este Congreso

En concordancia con lo expuesto, los objetivos del Congreso se encuadran dentro de esta convicción fundamental: somos miembros de la Iglesia agraciados con un don peculiar del Espíritu, caminamos con el Pueblo de Dios y nos hacemos partícipes de sus angustias y esperanzas y nuestra misión es anunciar, a través del ministerio de la Palabra, el misterio íntegro de Cristo y colaborar con todos los hombres de buena voluntad en la transformación del mundo según el designio de Dios (cf CC 46). Con esta premisa de fondo nos proponemos:

1) *Agradecer el don del Espíritu a la Iglesia en la vida y obra de San Antonio María Claret.*

En su experiencia del Espíritu encontramos la Familia Claretiana y, en concreto, los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María inspiración y estímulo para nuestra espiritualidad y apostolado.

2) *Celebrar la vida claretiana propagada y seguida por las distintas generaciones en los diferentes contextos sociales y culturales.* El carisma espiritual y apostólico de Claret ha inducido en la Congregación a vivir la *filiación* desde la configuración con Cristo y su amor a los pobres, ha recreado la *fraternidad* como signo y testimonio de comunión y solidaridad, y ha impulsado la *misión* en perspectiva profética.

3) *Promover la fidelidad al carisma fundacional y al consiguiente patrimonio espiritual, con todo lo que supone de conversión, discernimiento, audacia, creatividad y santidad, como respuesta a los desafíos a la misión que nos llegan en los signos de los tiempos y de los lugares.* Queremos progresar en la vida misionera profundizando en el conocimiento del don recibido y avivando la fidelidad dinámica, creativa, a la misión evangelizadora que le es

inherente, dejándonos poseer por el Espíritu y recorriendo los caminos que nos abre en solidaridad con las gentes de los pueblos y culturas donde trabajamos apostólicamente.

3. Nuestra espiritualidad misionera

Se nos ha explicado cómo surgió el proyecto y cómo se ha ido preparando este Congreso. Quisiera añadir una breve reflexión sobre la congruencia y urgencia que nos lleva a ocuparnos de la espiritualidad claretiana al inicio del tercer milenio.

El último Capítulo General dijo que *nuestra Congregación había de ser siempre más una escuela de auténtica espiritualidad misionera desde la inspiración de Claret y nuestra tradición* y encomendó al Gobierno General continuar “*animando el conocimiento de nuestra espiritualidad y su configuración como auténtico camino de vida*” (EMP, 23). Para entender el por qué y el alcance de todo esto es preciso leer íntegra la declaración del Capítulo, y aun diría que es necesario situarse en punto en que se halla la vida y misión de la Congregación en el “hoy” de la Iglesia y del mundo.

3.1. La Congregación, con especial énfasis a partir del Concilio, ha tratado de buscar en la vida y en el caminar de la humanidad los signos y la voz del Dios del Reino (cf EMP,4). Y continúa empeñándose en escuchar la Palabra de Dios “*en los acontecimientos de la historia, en las culturas y en la vida de los pueblos, en sus silencios y sus clamores*” (SP, 16,1). Tanto la realidad de nuestro mundo, como de la Iglesia, con todos sus desafíos, estimulan la dimensión profética de nuestro servicio misionero de la palabra, en tanto que *modo de ser, de actuar y de significar* (cf SP 21).

Somos ciudadanos de un mundo complejo y contradictorio. Rico en posibilidades por el progreso económico, cultural y tecnológico, y en continuo deterioro y degradación por la creciente exclusión de la inmensa mayoría de seres humanos que sufren hambre, sed, pobreza, abandono total en las necesidades más elementales de salud, educación, casa, trabajo, etc. Nos preocupa el proceso de globalización por los interrogantes que genera y, sobre todo, por lo que puede tener de deshumanizante. Somos miembros de la Iglesia, que acaba de celebrar el Jubileo del nacimiento de Jesús y que, al inicio del tercer milenio, continúa sintiendo fuertemente la llamada a la santidad y a la evangelización. Juan Pablo II nos invita a caminar desde Cristo (cf NMI 29-41), a mirar hacia adelante (*¡duc in altum!*) y a ser testigos del amor y la esperanza (Ib 42-59). Somos miembros de una comunidad apostólica, cuyo camino de santidad está marcado por la audacia misionera, la inventiva, la profecía y el martirio. Durante nuestro jubileo congregacional, tras agradecer el don recibido, hecho vida misionera continuada por sucesivas generaciones en los diversos continentes, al ver tanta riqueza carismática y al constatar tanta pluriformidad en la expresión, resonó con fuerza la pregunta: ¿qué vamos hacer con la herencia recibida? Y la respuesta fue clara: convertirla en profecía existencial desde el amor a los pobres, el diálogo de la vida, la ternura en el modo de evangelizar, la espiritualidad de comunión y, en toda ocasión, la fidelidad creativa (HyP 70 y ss).

3.2. Con todo esto quiero recordar que los requerimientos del Capítulo General de cuidar, estimular y recrear nuestra espiritualidad misionera venían exigidos por nuestra condición de

ser profetas del Reino ^[116]. En realidad, no hacía otra cosa que continuar afirmando la centralidad de la misión en la vida personal y comunitaria a todos los niveles. Tal vez, sin embargo, no todos los claretianos han reparado en la trascendencia que esta reiterada toma de posición de la Congregación comporta para la espiritualidad. Cuando el Capítulo insistió en la necesidad de potenciar nuestra espiritualidad misionera desde la dimensión profética del servicio de la Palabra, optó por una vía de espiritualidad distinta a la que muchos proponían.

Durante la preparación del último Capítulo General se notaba en la Congregación una honda preocupación por la desproporción existente entre los valores descubiertos y los valores vividos. No estábamos a la altura de nuestras Constituciones y Documentos Capitulares, que son los indicadores más firmes de nuestra vida misionera. Se lamentaban las faltas contra los votos y la vida de oración, las salidas y permisos de ausencia, la instalación y aburguesamiento, el individualismo y apatía en la vida y el ministerio, etc. Era firme el deseo de cualificar nuestra vida misionera. Por otro lado, se consideraban verdaderamente apremiantes los nuevos desafíos a nuestra misión evangelizadora en los diversos contextos donde trabaja la Congregación. Los cuales exigían una nueva sensibilidad, mayor capacitación y ardiente caridad apostólica. Desde otro punto de vista, a la vez que se reconocía como un gran don de Dios el despliegue geográfico y el crecimiento vocacional de la Congregación, sobre todo en Asia y Africa, se advertía la necesidad de promover el conocimiento de nuestro carisma y patrimonio espiritual.

La exhortación postsional “*Vita Consecrata*” nos ofreció luz y abrió el camino a seguir. El Capítulo optó por dar respuesta unitaria a la problemática, a los desafíos y a las nuevas situaciones, focalizando el servicio de animación a partir de la dimensión profética, que tanto subraya la misma VC. Es cierto, hizo una lectura de la Exhortación comenzando por la tercera parte, es decir, desde la misión y a partir de ella iluminó el sentido profético del estilo de vida, de los votos, de la fraternidad, de la solidaridad congregacional, de la formación inicial y permanente.

Me apresuro a aclarar que la misión no se reduce a la acción. También es misterio y comunión. Es testimonio y pasión. Por eso, los jóvenes, ancianos, enfermos, y tantos otros claretianos que no ejercen “actividades apostólicas directas”, están en misión dando gozosamente testimonio del poder de Jesús resucitado y completando lo que falta a las tribulaciones de Cristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia (Co 1, 24).

El cambio entre las propuestas que llegaban al Capítulo y su respuesta fue el siguiente: En vez de insistir en la coherencia de vida de quien ha profesado los consejos evangélicos y se ha comprometido a cumplir unas Constituciones, puso de relieve la dimensión profética de nuestra vocación y misión apostólica. Y, de entrada, dice: “*Consideramos que el aspecto profético es una dimensión de nuestra vida misionera; nos asemeja a los profetas bíblicos y, sobre todo, a Jesús-Profeta. Los profetas son personas seducidas por Dios (cf Jer 20, 7), apasionadas por Él y su Alianza, partícipes de su compasión por los pobres y el pueblo. Ven la realidad histórica con los ojos de Dios, sienten con su corazón (cf 1 Sam 12, 7-25) y proclaman un mensaje de renovación con la autoridad de su Palabra. Ese mensaje es a la vez consolador e interpelante, por eso crea esperanza y suscita rechazo. Esta vocación altera sus*

vidas y las transforma en signo. Los auténticos profetas son fieles hasta las últimas consecuencias. Ungido con el poder del Espíritu, Jesús fue el profeta definitivo de Dios y la plenitud de la profecía veterotestamentaria (Lc 14, 21; Mt 5, 17; CC 3 y 40). La «dimensión profética» de nuestro servicio misionero de la Palabra debe entenderse a partir de Él» (EMP 2).

3.3. Todo lo que dice después la EMP parte de esta inicial descripción. Los votos, la vida fraterna en comunidad, el trabajo apostólico no es primordialmente algo que hay que vivir para ser buenos misioneros claretianos, sino la expresión de que estamos respondiendo a la vocación profética que hemos recibido. Con otras palabras, nuestra espiritualidad no va a ser cuestión de ética formal, sino de mística [\[117\]](#). No son paradigmas los que hay que imitar, sino valores que revivir. No basta ajustar nuestra vida a unos modelos, a unas tradiciones o costumbres propuestos objetivamente o automáticamente repetidas. Es preciso vivir desde el Espíritu esos valores que nos llevan a dar respuesta a las necesidades de los hombres y mujeres de hoy. Más de una vez he dicho que hay claretianos cuya única preocupación y empleo es ser buenos y no arriesgan nada, ni se comprometen a más. A nosotros se nos pide ser buenos misioneros para ser santos [\[118\]](#). Nuestra espiritualidad supone afrontar los desafíos de alto riesgo y “saber estar” en las situaciones límites como la enfermedad, la soledad, el abandono y la persecución. Leamos despacio la Autobiografía; meditemos atentamente las Constituciones; hagamos propia “la forma del misionero” -el memorial o la definición del Misionero-, legado concentrado de espiritualidad claretiana. ¿Cómo podemos estar ensoñando una espiritualidad formal, esencialista, moralizante, sin darnos cuenta de que lo nuestro es ir más allá, arriesgar continuamente la vida, entregarla, en camino con el pueblo y por el pueblo?

En la EMP se encabezan los apartados con citas o referencias a las Constituciones. Se hizo intencionadamente. El estilo de vida y ministerio proféticos de Claret y de la comunidad que le ha seguido atraviesan las Constituciones. No son, por lo tanto, para nosotros un punto de llegada, unas disposiciones o normas a las que tenemos que conformar nuestra vida, sino un principio inspirador y dinámico desde el que hay que orientar la vida y afrontar el futuro. Son la expresión de una “alianza”, de un “credo”, que vivido asegura la credibilidad del testimonio, la fecundidad de inventiva y la búsqueda alegre de nuevos caminos en nuestra vida misionera, que no están exentos de riesgo y de dificultades y que requieren libertad interior, disponibilidad, capacidad de renuncia, autodisciplina, audacia y compromiso [\[119\]](#).

4. Algunas sugerencias para recrear nuestra espiritualidad al inicio del tercer milenio

Se aprecia en las aportaciones recibidas para enriquecer el texto base que se ofreció a las comunidades el deseo de clarificación de términos y precisión de conceptos. Está bien y eso, en cuanto se pueda, habrá que hacerlo. Podría ser un buen logro del Congreso concordar los núcleos y dinamismos que configuran el itinerario espiritual de las personas y de las comunidades en la Congregación. Pero no sería suficiente. En estos momentos nadie puede contentarse con describir una espiritualidad bien organizada, estandarizada y puntuable. Vivimos en una época de lo efímero, del fragmento, de lo imprevisto, y, por lo mismo,

necesitamos aquella fuerza que nos permita reconstruir constantemente la unidad en la variedad y la complejidad. Si nos contentáramos con afirmar lo que ya tenemos y conocemos como itinerario espiritual, no habríamos logrado lo que considero más importante: adentrarnos en la corriente de vida originada por el Espíritu en el corazón misionero de Claret, en la comunidad primitiva en cuantos nos la han transmitido hasta el presente como impulso profético y escatológico amando y sirviendo el Evangelio hasta el final. Insisto en que nuestra vocación comporta radicalismo y generosidad (fruto de la caridad apostólica) sin límites y no la pueden responder sino quienes están llenos de la palabra de fuego de los profetas, poseen la parresía de los apóstoles y cuentan con el atrevimiento de los mártires. Esto es muy importante para la selección vocacional, para el discernimiento de los formandos antes de las profesiones perpetuas y de las ordenaciones.

No podemos renunciar en nuestra espiritualidad misionera a ninguna de las notas carismáticas que la caracterizan ni a las radicales opciones que sigue manteniendo la Congregación como expresión de su camino evangelizador y de entre las cuales hay que destacar la opción por los pobres y la promoción por la justicia. No vamos a hacer creíble nuestra espiritualidad si olvidamos estas opciones. Ya se tienen en cuenta en el Documento de Trabajo. Pero sin olvidarlas, más aún para apoyarlas, al comenzar este tercer milenio deberíamos subrayar, sobre todo:

1) La primacía del Espíritu en nuestra vida misionera personal y comunitaria. El Espíritu ungió a Cristo para anunciar la Buena Nueva a los pobres. Bajo la acción del Espíritu revivieron su vocación los profetas, los apóstoles, Claret, los grandes misioneros. Es el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida quien ilumina, orienta, impulsa, renueva, conforta, transforma y plenifica en Cristo Jesús. Él nos hace testigos y profetas, nos revela la verdad plena y anuncia las cosas futuras (cf Jn 16,13), transfigura nuestra existencia, nos convoca y hace hermanos, sea cual fuere nuestro origen y cultura, nos otorga una mirada contemplativa y compasiva ante la realidad lacerante y enciende en nosotros la caridad de Cristo para ir más allá y estar más cerca de los excluidos. El Espíritu es el agente de la unificación interior, tan anhelada por el ser humano, y el promotor de la comunión fraterna. Esperemos que este Congreso sea un paso adelante en el crecimiento de la comunión en la que siempre sean reconocidos los dones en su diversidad y complementariedad para la misión universal.

La persona, la comunidad, que da la primacía al Espíritu queda transfigurada. Se hace dócil y recobra su interioridad; ora, medita y celebra; convierte la Eucaristía en centro de su vida. Se vuelve signo transparente de nueva vida y adopta una forma de pensar, de hablar, de actuar más evangélica y menos dependiente del cálculo y de las pretensiones humanas. Rompe toda defensa en torno a la mediocridad, a la apatía, al desencanto. Tiene siempre abiertos los ojos y el corazón para acoger lo nuevo y se siente esperanzada ante los más difíciles desafíos. Es más, anhela las posiciones de vanguardia, arriesgadas, porque ha sido amaestrado para descubrir donde está de verdad el valor de la vida.

2) El diálogo, la comunión y la solidaridad. Una Congregación como la nuestra que en su origen comporta la colaboración en el servicio misionero de la Palabra (cf CC 13), no puede por menos de cultivar una espiritualidad del diálogo, de la comunión y de la solidaridad. Y si

esto ha sido una nota propia nuestra, hoy se hace especialmente necesario. Basta contemplar cómo se van configurando nuestras comunidades, cuáles son los nuevos escenarios de nuestra misión, tan plurales étnica, cultural y religiosamente, sin contar la variedad de opciones que admite nuestro ministerio profético. Diálogo, comunión, solidaridad ^[120] evocan las raíces del misterio trinitario en nuestra vida y la historia de salvación. Son dinamismos que se despliegan en círculos concéntricos: comunidad, provincia, congregación, iglesia, continente, mundo. Postulan abrirse, reconocer, acoger, colaborar y compartir. Muestran el camino del continuo desprendimiento y de la nueva ascésis, que no se puede recorrer sin una grande generosidad, sin caridad apostólica. Traduzcamos esto y veamos, por ejemplo, lo que implica hoy afrontar las tensiones y los conflictos internos en las comunidades, en las iglesias particulares con los Pastores y en los contextos sociales y culturales. Sin una gran dosis de espiritualidad (caridad sin límites) es muy difícil convertirles en oportunidad de crecimiento para todos. Amar al otro, amar la comunidad, amar la Iglesia, amar al pueblo. No hay otra vía.

3) *El dinamismo de la inculturación.* El reino de Dios llega a las personas vinculadas a una cultura. Evangelio y cultura no se identifican, pero se interrelacionan fuertemente. La Iglesia está insistiendo en la contextualización de acción evangelizadora y nuestra Congregación, a la vez que se abre a nuevas culturas está recibiendo el don de nuevas vocaciones de esos mismos pueblos. Dos razones que se suman para subrayar en la necesidad de tomarse en serio la inculturación. La inculturación es un desafío, una exigencia y un camino para la evangelización y para la espiritualidad. Es la continuación del diálogo de salvación en cada cultura y en cada momento histórico establecido por Dios en Cristo por medio del Espíritu Santo.

La comunidad claretiana, además de procurar ser vigía con antenas altas y de largo alcance para captar en profundidad los movimientos culturales del tiempo y del contexto en que se halla, se siente urgida a expresar progresivamente su propia experiencia cristiana en modelos y formas originales. Es el exponente de un esfuerzo colectivo en el que se viven los rasgos genuinos del carisma claretiano en comunión con la Iglesia local y los valores del pueblo. No se trata de transportar tradiciones o modelos de otros lugares, sino de hacer surgir, desde la fuerza innovadora y liberadora del Evangelio y del propio carisma, una nueva forma de vivir el don de Dios a la Iglesia. Por eso, la Congregación ha de estar abierta y ser dócil a la acción del Espíritu que sigue ahora, como en el tiempo de las primitivas iglesias, acogiendo lo diverso y explicitando con su acción transformadora el Reino de Dios. Al inicio del tercer milenio, estamos emplazados a cultivar la espiritualidad de la admiración ante los nuevos mundos simbólicos; el reconocimiento, el respeto y el discernimiento evangélico de los valores que nos llegan de los nuevos ritos y nuevas culturas; la humildad, la tolerancia y el apoyo generoso para que se abran paso nuevos lenguajes y nuevos símbolos. La diversidad en la Congregación altera el ánimo de cuantos estaban acostumbrados al pensamiento único, a la uniformidad y “al siempre se ha hecho así”. Nadie va a negar el valor de la trayectoria seguida por la Congregación, pero la vida sigue aportando su novedad. Miremos hacia adelante con esperanza.

*** **

La Congregación está mirando estos días con esperanza hacia el Congreso. Os confieso que más de una vez he sentido temor de que no lleguemos a cubrir las expectativas de nuestros hermanos. Algunos se sienten incómodos en este mundo plural, complejo y lleno de contrastes; quieren sanar sus heridas, sus vacíos de ilusión y de entusiasmo, su insensibilidad ante los nuevos desafíos. Otros, la mayoría, sienten profundas aspiraciones de responder a las exigencias evangélicas y misioneras que llevan dentro por vocación. Quieren salir de su pequeño mundo; que se les ayude a conjugar evangelización y espiritualidad y poder estar a la altura de los tiempos (cf CC 56). Buscan senderos de conversión, de reconciliación y de habilitación, que, frecuentemente, van unidos con la transformación de instituciones y estructuras. Pensemos que el Congreso puede ayudar a despuntar la aurora de la esperanza para la Congregación en su misión evangelizadora al comenzar el tercer milenio.

Se ha hecho familiar en la Congregación el Pentecostés pintado por el P. Maximino Cerezo Barredo en la capilla de la Curia General. Este mural recoge el pensamiento del P. Fundador sobre la función de Madre y Maestra de María con los Apóstoles. Así quería que la contempláramos. El pintor ha ido más allá y ha puesto a María, bajo el influjo del Espíritu Santo, invitando con una mano a los Apóstoles a la misión y dando ella misma el primer paso. Con la otra mano sostiene el corazón, dándonos a entender el talante con que hemos de realizar nuestra misión: con caridad, misericordia y ternura. Están a los lados unas manos de distintos colores, algunas de ellas heridas, extendidas hacia los apóstoles. Son el signo de todos los pueblos, de la misión universal. En la parte inferior, rodeando el sagrario hay un hoja de maíz y un ramo de olivo, símbolos de las dos grandes culturas que convergen y se hacen unidad en la Eucaristía. ¡Cuántas veces, contemplando este mural, he pensado en este Congreso! Puede ser un pequeño Pentecostés en el que se den cita la diversidad y la unidad, el testimonio y el impulso misionero.

Confío en que María se haga sentir entre nosotros estos días para descubrir lo que el Espíritu nos quiere decir a través de tantos ojos, tantos gritos, tantas manos extendidas, como hemos encontrado en los pueblos de donde venimos y que nos esperan con una pregunta: ¿qué habéis hecho para ayudarnos a vivir con dignidad como hijos de Dios Padre?

Majadahonda (Madrid), 9 de julio, 2001.

Aquilino Bocos Merino, C.M.F.
Superior General.

CLAUSURA DEL CONGRESO

Las palabras finales de nuestro Congreso de espiritualidad claretiana serán, sobre todo, las que en la Eucaristía de hoy nos diga Jesús, el ungido y enviado del Padre a anunciar la buena nueva a los pobres. Él, después de explicarnos el sentido de las Escrituras y partir con nosotros el pan, nos comunicará su Espíritu y nos hará correr a nuestras comunidades para ser testigos y anunciar el poder de su resurrección.

Al concluir nuestras sesiones de encuentro y de trabajo, quiero interpretar el común sentir de todos y expresar en alta voz los sentimientos de satisfacción que nos embargan por la realización y el modo de transcurrir el Congreso. Creo que es coincidente la opinión sobre la oportunidad y la conveniencia de su celebración y sobre la esperanza de que sea un hito importante de referencia para la vida misionera de nuestra Congregación, que quiere seguir progresando en fidelidad al don y a la misión recibida en la Iglesia. Aunque siempre cabe mayor perfección, hemos visto suficientemente cumplidos los objetivos que nos propusimos. Por eso decimos con el salmista: *“El Señor ha estado grande con nosotros y por eso estamos alegres”* (Sal 126, 3).

María, Madre y Fundadora de la Congregación, ha estado presente a lo largo de estos días y ha sido evocada como inspiradora, signo de esperanza, modelo y estímulo en el escuchar la Palabra y comunicarla con presteza. Nos conforta sentirnos dentro de su Corazón de Madre. Con Ella hemos aprendido a ser discípulos de su Hijo y misioneros del Reino. Seguiremos completando el canto del *Magnificat* de generación en generación.

Os ofrezco algunas consideraciones en torno al Congreso

1. La experiencia de comunión.

El Congreso ha sido fruto de un trabajo comunitario, congregacional, con sus múltiples formas de participación en las distintas etapas que fueron indicadas al principio. Al “nosotros” congregacional, en relativo poco tiempo, se han ido incorporando nuevos miembros de variadas naciones que están haciendo sentir su voz, nos hacen partícipes de su sensibilidad, sus tradiciones y sus costumbres. También sus gozos e interrogantes. Durante estos días se ha hecho patente el clima de comunión en la diversidad de aspectos que constituyen y articulan la vida misionera de nuestro Instituto. A pesar de las peculiaridades y diferencias, como estamos tan acostumbrados a experimentar la serenidad y la armonía entre nosotros, podemos no apreciar suficientemente lo que supone el don de Dios en la convivencia, en el compartir y en el proyectar juntos.

Es de esperar que el Congreso coseche otros frutos, pero éste de la comunión en la fraternidad misionera es uno del que estamos obligados a dar cuenta a nuestros hermanos porque lo hemos experimentado y gozado. ¿No es bello ver que a pesar de ser unos presbíteros y otros hermanos, unos de oriente y otros de occidente, unos del norte y otros del sur; que procedamos de tan diferentes pueblos, que hablemos tan diversas lenguas, que trabajemos en tan distintos

ministerios, y que, sin embargo, nos veamos todos urgidos por un mismo ideal de vida misionera y que coincidamos en el hablar y en el sentir sobre los núcleos, dinamismos y medios de nuestra espiritualidad? La apertura, el reconocimiento de los aportes de los diversos contextos, la respetuosa aceptación de las otras sensibilidades y de los acentos en la forma de entender y de expresar el mismo proyecto de vida, son exponente de una madurez que nos viene de lo alto como un don. Por eso, hemos de dar gracias al Padre de nuestro Señor Jesucristo que por su Espíritu nos ha hecho sentir la fraternidad y el anhelo de crecer en el servicio al Reino de Dios.

Sin especiales esfuerzos ha sido notorio el interés de todos por integrar y no excluir. Resalto este hecho porque confirma el proceso de renovación de la Congregación, la cual ha ido progresivamente creciendo en la reconciliación y en la comunión, tan decisivas para la evangelización. 1) Fuimos capaces de reconciliarnos con el nombre: Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María-Misioneros Claretianos. Vimos que no se puede ser Claretiano sin ser Hijo del Corazón de María, tal y como lo entendió y vivió el Padre Fundador. 2) Nos reconciliamos en la fraternidad y misión todos los miembros de la Congregación: Presbíteros, Diáconos, Estudiantes y Hermanos. 3) Nos reconciliamos en la diversidad de apostolados: todos somos misioneros. 4) Nos hemos reconciliado con las opciones fundamentales de nuestra vida misionera. Actualmente nadie las pone en discusión. 5) Hoy se nos presenta como especial desafío la interculturalidad. Aquí, durante estos días, hemos tenido una fuerte vivencia de este hecho y hemos podido adivinar por dónde habrá que caminar en el futuro para que en este campo progrese en comunión sin exclusiones. El futuro de la misión de la Congregación va a depender mucho de la capacidad de hacer operativa entre nosotros la reciprocidad de los dones que aportan las nuevas vocaciones en los distintos continentes. Lo cual supone descentramiento, salir de nuestros habituales esquemas y acoger lo diverso.

2. La centralidad de la misión en nuestra espiritualidad y el grito profético de quien no puede callar

Nuestro encuentro no ha sido pura convivencia fraterna, sino un empeño por renovar nuestro compromiso misionero desde la espiritualidad. No puede ser considerado como un acontecimiento aislado en el caminar de la Congregación. La preocupación por nuestra espiritualidad brota de nuestra condición de misioneros del Reino. Queremos responder a los desafíos que nos llegan en este comienzo de época. Espiritualidad y misión –lo hemos constatado estos días- son las dos caras de la vocación misionera.

El Congreso ha sido una experiencia compartida de la inquietud que llevamos dentro por acertar en la respuesta a los desafíos que nos llegan del mundo, de la Iglesia y de la Congregación. En nuestras oraciones, celebraciones y deliberaciones hemos podido apreciar cómo el Espíritu, en este comienzo de época, nos espolea a prestar un servicio profético desde el testimonio de vida y el anuncio del Evangelio. Nos hemos preguntado si estamos a la altura de los tiempos para sintonizar, solidarizarnos y colaborar en la transformación del mundo según el designio de Dios.

Nuestra espiritualidad es misionera y en el futuro habremos de subrayar más y más la centralidad de la misión en la vivencia de la misma. La pasión por el Reino que sufre demasiados retrasos y la constatación de tantas fuerzas anti-Reino, nos llevan a tomar opciones radicales en favor de los pobres, de la no-violencia, de la defensa de la vida, del diálogo con las religiones y las culturas y de estar presentes en los nuevos areópagos. Nos impulsa a ejercer nuestra función profética y hacernos “*voz de los que no tienen voz*”.

Necesitamos cultivar la unidad de vida, evitando todo resquicio a la dispersión y a las dicotomías que hacen estéril nuestro ministerio. Es preciso recuperar y mantener viva la experiencia originaria de nuestra llamada, que es fruto del Espíritu. Si no se tiene la experiencia del Espíritu, que es quien habilita para vivir y anunciar las Bienaventuranzas vivida y anunciadas por Jesús y quien conforta en los momentos de dificultad, la misión queda reducida a una actividad meramente humana e infecunda para el servicio del Evangelio. Cuando la misión es el “*cantus firmus*” en nuestra vida misionera, quedan aseguradas la coherencia entre el estilo de vida, la fraternidad universal, el diálogo, la solidaridad, el gobierno y la formación.

Si repasamos las constatadas frustraciones, insatisfacciones y huidas producidas por el culto a lo inmediato, la acción eficazista y el éxito fulgurante, también surge la invitación a pensar, en profundidad y extensión, *la misión* en orden a que sea punto cardinal y quicio fundamental en nuestra vida, pues todo lo demás gira en torno a ella. La experiencia dice que donde se verifica el grado de *calidad de vida* que llevamos es en la misión y todo lo que ésta comporta, sean destinos, revisión de presencias y servicios, etc. Se puede estar hablando de actos espirituales, de relaciones fraternas durante mucho tiempo y muy bien, pero todo queda pendiente a la hora de un destino o de un cambio de estructuras en las que estamos implicados. Cuando se nos pide romper amarras y estar libres para ir allí donde las urgencias discernidas son mayores, emergen las motivaciones profundas por las que nos movemos. Se hace patente la encrucijada de la decisión en el seguimiento radical de Jesús. A veces se pone en juego el valor de los votos y de la vida de comunidad.

3. Al día siguiente, la refundación

Terminamos nuestro Congreso al día siguiente de haber celebrado la fiesta aniversario de la fundación de la Congregación. Esta coincidencia nos lleva a mirar hacia el futuro. Tomar conciencia del **día después de la fundación**, implica descubrir en el hoy de Dios el destino de nuestra Congregación, que no ha nacido para sí misma, sino para servir y hacer crecer el Reino. Tras los ciento cincuenta y dos años transcurridos, quedamos invitados a abrirnos a nuevos horizontes y seguimos estando convocados para nuevos compromisos.

El **día siguiente de la fundación**, que siempre es “hoy”, nos invita a pensar en la refundación, entendida como “profunda conversión personal y comunitaria a la misión claretiana, aquí y ahora, y como sincera y valiente revisión de las posiciones que cortan alas a nuestro espíritu misionero. La refundación nos pide beber con mayor entusiasmo en las fuentes congregacionales y responder con agilidad a los impulsos del Espíritu que siempre está empeñado en hacer ‘nuevas todas las cosas’ (Ap 21, 5)”^[121].

Por lo que hemos podido entrever durante el Congreso, la refundación postula una densa y rica espiritualidad. Para que aparezca una comunidad unida, solidaria, entusiasmada, disponible, no es suficiente poner en común las ideas; es preciso hacer que el don carismático, la energía interior, entre en ese movimiento que da razón de ser a la vida en común para la misión. Sólo el Espíritu libera de las ataduras, infunde capacidad de transformar las estructuras, induce a inaugurar nuevos proyectos. Cuando es un mismo espíritu el que nos anima, es fácil superar las crisis, resolver los conflictos, remontar los obstáculos; en definitiva, hacer posible que resplandezca la gloria de Dios.

Sin duda que todo lo salido de nuestros labios ha brotado del corazón de hombres imbuidos por la caridad apostólica en sintonía con Claret. Ha sido como una continua afirmación y confesión de fe en el espíritu que animó a la primera comunidad claretiana. Por lo que hemos escuchado y compartido bien podemos decir que, al comienzo del tercer milenio, los hijos de Claret se sienten animados por su mismo espíritu, como él decía de los fundadores (cf Aut 489). Este es el secreto de nuestra esperanza y de nuestro gozo. Mientras mantengamos vivo este espíritu podemos confiar en el futuro de nuestro vivir en común y trabajar juntos por el Evangelio.

4. Algunas virtudes que debemos cultivar

Además de los consejos evangélicos y de las virtudes que señalan las Constituciones, hay otros dinamismos que brotan de nuestro carisma y que hoy se hace especialmente necesario cultivarlos, sobre todo, si queremos ejercer un ministerio verdaderamente profético. Han mencionadas con otras palabras a lo largo del Congreso. No hago más que enumerarlas.

a) *La vigilancia o el “buscar en todo”*. Vivir despiertos, saber lo que sucede en nuestro mundo, tener los ojos y el corazón abiertos ante lo que se presente como más urgente para el Reino y su justicia, para alertar ante lo que se halla en peligro o para salvar lo perdido; para, en definitiva, cumplir la voluntad del Padre. ¿Cómo podemos ser buenos misioneros sin acoger los gritos y susurros de la realidad circundante, las angustias y esperanzas de los pueblos en los que trabajamos? Este buscar en todo implica una doble actitud: la contemplación y la compasión, como se ha hecho resaltar estos días. Quien busca con sinceridad, acaba por convertirse y emprender nuevas iniciativas.

b) *La libertad interior, el desprendimiento total y la disponibilidad para la misión*. Nadie puede volar si no tiene las alas sueltas, si se halla atado por intereses egoístas. Las grandes aspiraciones brotan de los corazones libres y desprendidos. Los profetas fueron los hombres más libres y atrevidos. Los misioneros libres siempre están listos para dejar lo que les estorba y emprender nuevos caminos: la profecía de la innovación les a la itinerancia y a estar pendientes del “hoy” de Dios.

c) *La generosidad y entrega a la causa de Jesús*. Es el ardor misionero, la caridad apostólica, de la que vamos a meditar en la Eucaristía. Tan sólo recuerdo aquí dos textos del P. Fundador:

En la Carta pastoral que dirige al Pueblo de Santiago de Cuba escribe: “No lo dudéis, hijos,

al Prelado que con atención se ocupa , como debe, en meditar lo que Jesucristo hizo y sufrió para salvar las almas, se le enciende en el corazón tal fuego, por medio de esta meditación, que no le permite sosegar ni descansar; y a la manera que el fuego de la pólvora empuja la bomba o la bala, y la hace olvidar de su gravedad natural y tendencia al descanso y quietud, así, y aún más, el fugo que se enciende en la meditación de tal manera impele al Prelado, que se olvida de sí mismo y anda por donde le dirige el Espíritu del Señor....” [\[122\]](#) .

Ya casi al final de su vida, escribe: “Inflamados por el mismo fuego, los misioneros apostólicos han llegado, llegan y llegarán hasta los confines del mundo para anunciar la Palabra de Dios; de modo que pueden decirse, con razón, a sí mismos las palabras del apóstol San Pablo: *Charitas Christi urget nos* (2 Co 5,14). La caridad o el amor de Cristo nos estimula y apremia a correr y a volar con las alas del santo celo” [\[123\]](#) .

d) *La colaboración, el trabajar juntos, el compartir la misión.* No es cuestión de estrategia para la eficacia, es un dinamismo, una virtud propia del claretiano. La mejor forma de erradicar el individualismo es promover la colaboración que supone apertura, diálogo, tolerancia y generosidad para apoyar cuanto hay de positivo en la vida y trabajo de los demás.

e) *La fortaleza y la perseverancia.* Nuestra misión está llena de riesgos, peligros y dificultades. Supone mucha renuncia y mucho coraje. Misionero fuerte es quien, habiendo puesto su mirada en el futuro, sabiendo hacia dónde va, no se detiene ante las insidias y asechanzas. Las afronta con serenidad y esperanza. La perseverancia, a la que aludo, está en íntima relación con la fidelidad creativa que nos ayuda a dar prioridad a lo esencial e intentar conseguirlo. Es importante para nuestro mundo la profecía de la fidelidad.

Vosotros habréis hecho vuestras propias consideraciones sobre este Congreso. Creo que todos coincidimos en la conveniencia de que lo que hemos visto y oído ayude a toda la Congregación a crecer en su vida misionera al comienzo del tercer milenio. Que el Espíritu que ha iluminado la mente y encendido los corazones de nuestros hermanos y de cuantos hemos estado aquí reunidos para compartir nuestra experiencia espiritual, nos siga ayudando a caminar con el Pueblo de Dios en el que queremos ser testigos y servidores del Reino. El Congreso concluye, pero la tarea de vigorizar nuestra espiritualidad continúa.

*** **

Permitidme para terminar unas palabras de sincero agradecimiento a cuantos han hecho posible el Congreso. En primer lugar hay que agradecer la colaboración de quienes espontáneamente ofrecieron el testimonio de su vida espiritual y nos lo comunicaron como respuesta a la encuesta. Gracias a los miembros de la Primera Comisión Internacional que recogieron y articularon los datos. Gracias al P. José Cristo Rey García Paredes por el texto que ofreció a las comunidades para seguir confrontándose y reflexionando. Gracias a los

Organismos Mayores y a cuantas personas han hecho llegar sus aportaciones. Gracias a la Segunda Comisión Internacional que ha preparado el Instrumento de Trabajo del Congreso y a los Miembros de la Curia General que han colaborado con el P. José Félix Valderrábano, Secretario Ejecutivo del Congreso, sobre quien ha recaído tantos y minuciosos trabajos.

La Comunidad de Buen Suceso y la Provincia de Castilla se preocuparon, desde que el Gobierno General les pidió su ayuda, de buscar la casa y organizar la acogida, el transporte, las visitas y todo lo necesario para el funcionamiento de la secretaria. Mención especial merecen los PP. Vicente Sanz y Justino Martínez y los Hermanos Mariano Martín y Eduardo Ávila, de la Curia de Castilla y los miembros de la Comunidad de Segovia. A todos, muchas gracias.

Dentro del Congreso, además de agradecer a las Hermanas Salesianas su exquisita atención, agradecemos muy sinceramente a cada uno y a cada una de los congresistas su ejemplar participación y sus valiosas aportaciones. Gracias, Hermanas de la Familia Claretiana, por habernos acompañado estos días y haberos unido en la oración, en la convivencia y en la reflexión. Gracias a quienes prepararon las celebraciones litúrgicas y los momentos de oración. Gracias a los eficientes moderadores, a los secretarios de los grupos y a los miembros de las distintas comisiones: redacción, mensaje, comunicación y recreativa. Gracias a los sufridos traductores.

Finalmente hago mención de la valiosa contribución del P. Gustavo Alonso y de Mons. Luis Gutiérrez, Obispo de Segovia para agradecerles su disponibilidad e iluminación.

A todos, pues, en nombre propio y de todo el Gobierno General muchas gracias y os deseamos un feliz retorno a vuestras comunidades a las que deseamos paz, gozo y esperanza en el futuro aquí alumbrado.

Majadahonda (Madrid), 17 de julio, 2001.

Aquilino Bocos Merino, C.M.F.
Superior General

BIBLIOGRAFÍA CLARETIANA

Se ofrece aquí sólo una lista sucinta de los libros y opúsculos que pueden ayudar a comprender la espiritualidad misionera claretiana. En cada contexto cultural y eclesial se

encuentran muchas publicaciones sobre espiritualidad evangelizadora hoy.

I. CLARET

1. Obras del P. Claret

Autobiografía y escritos autobiográficos, Bac, Madrid, 1981.

Escritos espirituales, Bac, Madrid, 1985.

Cartas Selectas, Bac, Madrid, 1996.

Escritos pastorales, Bac, Madrid, 1997.

Escritos Marianos, Madrid, 1989.

Epistolario Claretiano, Madrid, Tres volúmenes (1970 y 1987).

Constituciones y textos sobre la Congregación de Misioneros, Barcelona 1972, 705 pp.

2. Obras sobre el P. Claret

ALAIZ, Atilano: *No puedo callar*. Ed. San Pablo, Madrid, 1995.

ANDRÉS ORTEGA, Augusto, *Espíritu y misión del Padre Claret*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1981, 192 pp.

BERMEJO, Jesús, *San Antonio María Claret, Misionero Apostólico*, CICLA (Lierna 80, Bogotá) pp. 1•26.

BERMEJO, Jesús, *El apóstol claretiano seglar: su origen y actualidad en la Iglesia y en el mundo*, Edit. Claret, Barcelona 1979, 350 pp.

BERMEJO, Jesús, *Epistolario Pasivo de San Antonio María Claret*, Madrid, Tres volúmenes (1992-1995).

CABRÉ RUFATT, Agustín, *Evangelizador de dos mundos. Vida anecdótica de San Antonio M. Claret*, Edit. Claret, Barcelona 1983, 2ª ed., 208 pp.

CLOTET, Jaime, *Resumen de la admirable vida del Excmo. e Ilmo. Sr. Don Antonio María Claret y Clará*, Barcelona 1882, 348 pp.

CODINACHS, Pere.: *Pobre y a pie. San Antonio M. Claret*, Barcelona, 1999.

DÍEZ PRESA, Macario, *Rasgos de espiritualidad claretiana*, Roma 1987, 50 pp.

FERNÁNDEZ, Cristóbal, *El Beato Padre Antonio María Claret. Historia documentada de su vida y empresas*, Edit. Coculsa, Madrid 1946, t. I, 1065 pp.; t. II, 930 pp.

FERNÁNDEZ, Cristóbal, *El confesor de Isabel II y sus actividades en Madrid*, Edit. Coculsa, Madrid 1964, 517 pp.

FRANQUESA, Pere: *Ejercicios de S. Antonio. Claret a la Congregación*, Madrid, 1998.

GARCÍA CASCALES, Josef: *Der Heilige Antonius Maria Claret. Ein Mensch ringt um seine profetische Sendung*, Wien/Klagenfurt 1992, 237 pp.

LEBROC MARTÍNEZ, Reynerio, *San Antonio María Claret, Arzobispo*

Misionero de Cuba, Madrid 1992, 602 pp.

LOZANO, Juan Manuel, *Un místico de la acción*, (segunda edición renovada), Edit. Claret, Barcelona 1983, 440 pp.

LOZANO, Juan Manuel, *Una vida al servicio del Evangelio: Antonio María Claret*, Edit. Claret, Barcelona 1985, 608 pp.

NJAYARKULAM, Cyriac, *Work and Suffer for Christ. A Study on the Presence of Jesus Christ in the Apostolic Spirituality of St. Anthony Mary Claret (1807•1870)*, Claretian Publications, Bangalore 1984, 284 pp.

PAPASOGLI, Giorgio • STANO, Franco, *Antonio Claret: l'uomo che sfidò l'impossibile*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1983, 755 pp.

PENALVA, J., *Os pés em dois mundos*, Editora Ave Maria, São Paulo 1984, 83 pp.

PUIGDESENS, José, *Espíritu del Venerable P. Antonio María Claret, Arzobispo y Fundador. Ensayo psicológico*, Barcelona 1928, 511 pp.

RANDLE, Guillermo, S.J., *Discernir en el desconcierto. Una experiencia: Claret (1807•1870)*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1993, 205 pp.

VANCHIPURACKAL, George, *Kedavilakku (Malayalam)*, second edition, June 1992 • Aluva [India] 208 pp.

II. CORAZÓN DE MARÍA

CABESTRERO, Teófilo, *La Misión en el Corazón. Espiritualidad del Hijo del Corazón de María servidor de la Palabra en la Nueva Evangelización*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1991, 142 pp.

GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey, *María en la espiritualidad claretiana*, Roma, 1988, 84 pp.

HERNÁNDEZ, José María, *Ex Abundantia Cordis. Estudio de la espiritualidad cordimariana de los Misioneros Claretianos*, Secretariado del Corazón de María, Roma 1991, 286 pp.

AA. VV., *Espiritualidad Cordimariana de los Misioneros Claretianos*, Vic 1988, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 350 pp.

AA. VV., *Un Hijo del Inmaculado Corazón de María es... 72 experiencias de nuestra espiritualidad mariana*, Secretariado del Corazón de María, Roma 1989, 152 pp.

III. CONGREGACIÓN

1. Documentos

CMF: *Constituciones de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María*, Roma, 1988

CMF: *Directorio de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María*, Roma, 1999.
CMF: *Documentos de los Capítulos Generales* de 1967,1973,1979,1985,1991 y 1997.
CMF: *Formación de Misioneros. Plan General de Formación*. Roma, 1994.
Circulares de los Superiores Generales.

2. Historia

ÁLVAREZ GÓMEZ, Jesús, *Misioneros Claretianos. Dos volúmenes*.
Publicaciones Claretianas, Madrid 1993-1997.

FERNÁNDEZ, Cristóbal, *La Congregación de los Hijos del Inmaculado Corazón de María. Compendio histórico de sus primeros sesenta y tres años de existencia (1849•1912)*, Madrid 1967, t. I, 981 pp.; t. II, 825 pp.

SANZ, Vicente, *Huellas de Claret*, Madrid 1997 (3.ed), 170 pp.

IV. VIDA MISIONERA CLARETIANA

AA. VV., *Nuestro proyecto de vida misionera. Comentario a las Constituciones. Tres Volúmenes*. Roma, 1989-1997.

AA. VV., *Sacerdotes misioneros al estilo de Claret. I Semana Sacerdotal Claretiana - Vic 1985*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1985, 382 pp.

AA. VV., *El ministerio de comunión eclesial de los presbíteros según el P. Claret. II Semana Sacerdotal Claretiana • Vic 1988*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 330 pp.

AA. VV., *Servidores de la Palabra. III Semana Sacerdotal Claretiana • Vic 1990*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1991, 502 pp.

AA.VV., *El ministerio de la Eucaristía y la Espiritualidad Claretiana. IV Semana Sacerdotal Claretiana, Vic, 1993*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1998, 228 pp.

AA.VV. Colección «*Claretianos de ayer y de hoy*» (varios folletos en español y en inglés).

AA. VV. *Iniciación en el ministerio de la Palabra*, Prefectura General de Formación, Roma, 1997.

AA.VV. *Studia Claretiana*, Roma. Revista de la Congregación. XVI volúmenes.

AA.VV. *Servicio misionero de la Palabra profética en un mundo injusto y violento*. Prefectura General de Apostolado. Taller realizado en Fátima, 1989.

AA.VV. *Evangelizar en situaciones de increencia*. Prefectura General de Apostolado. Encuentro misionero realizado en Viena, 1995.

AA.VV. *Servidores de la Palabra entre los excluidos*. Prefectura General de Apostolado. Taller realizado en Lecco, 1996.

AA.VV. *Servicio misionero de la Palabra y diálogo con las religiones*. Prefectura General de Apostolado. Taller realizado en Kandy, 1997.

- AA.VV. *Justicia y Paz y misión claretiana*. Prefectura General de Apostolado. Taller realizado en Leioa, 1999.
- AA.VV. *Dimensión profética del servicio misionero de la Palabra*. Prefectura General de Apostolado. Taller realizado Quezón City, 2000.
- AA.VV. *Nosotros somos testigos*. (Sobre nuestros mártires). Publicaciones Claretianas, Madrid, 1992
- ALONSO, Gustavo, *Al servicio de una comunidad misionera*, Publicaciones Claretianas, Roma, 1991, 247 pp.
- CAMPO VILLEGAS, G: *Esta es nuestra sangre. 51 Claretianos Mártires. Barbastro, agosto 1936*. Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990.
- CODINACHS, Pere: *El holocausto claretiano de Barbastro, 1930-1936. Los hechos y las causas*. Barcelona, 1997.
- FRANQUESA, Pere: *¿Las Constituciones Claretianas son misioneras? Análisis de los textos bíblicos*. Barcelona, 1997.
- GARCIA, Pedro: *Sangre de Mártires. Los 51 Mártires Claretianos de Barbastro*. Guatemala, 1992.
- LOZANO, Juan Manuel, *Misión y espíritu del claretiano en la Iglesia*, Roma 1967, 470 pp.
- VINCI, Tullio: *Martiri Clarettiani a Barbastro*, Roma, 1992.

INDÍCE

PRESENTACIÓN
INTRODUCCION

I. EL NUEVO CONTEXTO DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

1. Espiritualidad en un Cambio de Época

- a) Las nuevas tecnologías
- b) La globalización
- c) La interculturalidad

2. Un Nuevo Contexto para la Experiencia de Dios

- a) La religiosidad en el contexto de la posmodernidad y del pluralismo religioso
- b) Comprensión relacional e inclusiva del ser humano

3. Deficiencias y Aspiraciones que se Detectan

4. La Espiritualidad Cristiana en Nuestro Tiempo

II. RASGOS DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD MISIONERA

1. ¿Cómo hemos entendido Nuestra Espiritualidad en los Últimos Años?

- a) La experiencia espiritual de Antonio María Claret
- b) Nuestra herencia espiritual
- c) En fidelidad creativa

2. Coordenadas para Nuestra Espiritualidad “Hoy”

- a) En la itinerancia del Pueblo de Dios
- b) Desde la caridad, siempre
- c) Espiritualidad en contextos de posmodernidad
- d) Perspectiva apocalíptica
- e) Espiritualidad “abierta”

III. UN CAMINO DE ESPIRITUALIDAD MISIONERA PARA HOY

1. El Camino Del Misionero: Una Biografía Al Servicio Del Reino

- a) Camino biográfico del misionero
- b) La dinámica del crecimiento en el Espíritu
- c) El “misterio” de la acción apostólica
- d) Evangelizados al evangelizar
- e) Capacidad de lucha, imaginación creadora y martirio

2. En el Camino Espiritual y Sacramental de la Iglesia

- a) El ciclo del Año litúrgico, “nuestro” camino de espiritualidad
- b) En el corazón de la Iglesia eucarística
- c) Orar en y desde la Presencia eucarística
- d) Acoger el don de la Palabra
- e) La oración como memoria, especialmente de María Santísima
- e) Gracia sanadora: Reconciliación y Unción de los enfermos

3. En Comunidad de Vida

- a) Insertos en nuestra tradición espiritual
- b) En una comunidad, como familia en el Espíritu
- c) El discernimiento comunitario en el Espíritu
- d) Comunidad apasionada por el Reino de Dios en la Iglesia

4. El Camino Personal de Espiritualidad Misionera

- a) Fidelidad a nuestra Alianza y sus compromisos
- b) Ejercitación del cuerpo
- c) Oración personal
- d) Contemplación y arte
- e) Lectura espiritual y estudio
- f) Acompañamiento espiritual y proyecto personal

CONCLUSIÓN

APÉNDICES

MENSAJE DEL CONGRESO A TODA LA CONGREGACIÓN

Preparación

Celebración

Algunos contenidos de nuestra espiritualidad

Continuidad y repercusiones en la Congregación

REFLEXIONES INTRODUCTORIAS AL CONGRESO

1. Cuando hablamos de espiritualidad, ¿qué queremos decir?
2. Los objetivos de este Congreso
3. Nuestra espiritualidad misionera
4. Algunas sugerencias para recrear nuestra espiritualidad al inicio del tercer milenio

CLAUSURA DEL CONGRESO

1. La experiencia de comunión.
2. La centralidad de la misión en nuestra espiritualidad y el grito profético de quien no puede callar
3. Al día siguiente, la refundación
4. Algunas virtudes que debemos cultivar

BIBLIOGRAFÍA CLARETIANA

[1] EMP, 23

[2] En estos últimos años la Iglesia ha ido viviendo su espiritualidad desde diferentes perspectivas: la

secularización, la liberación, el ecumenismo interconfesional e interreligioso, los nuevos movimientos religiosos.

[3]

Basta recordar los numerosos Encuentros Misioneros celebrados en distintos continentes, las Semanas Sacerdotales de Vic, Talleres de espiritualidad cordimariana y misionera, etc. Últimamente se han celebrado dos talleres importantes: “*Justicia, paz e integridad de la creación*” (Bilbao, 3-13 diciembre 1999) y “*Dimensión profética del servicio misionero de la Palabra*” (Manila, 24-31 enero 2000).

[4]

Esta experiencia se halla expresada en el *Plan General de Formación* de la Congregación (PGF) a partir de la alegoría de la Fragua y se ofrece como propuesta pedagógica: cf PGF, Roma 1994, nn. 123-127.

[5]

Cf Aut 345.

[6]

Cf Aut 687.

[7]

Cf MCH 52.

[8]

Cf MCH 63.

[9]

Cf Dir 26.

[10]

Cf SP 7; CC 46.

[11]

Cf Dir 26.

[12]

Cf MCH 142-179.

[13]

Cf CPR 52.

[14]

Cf MCH 53.

[15]

Cf SP 13.

[16]

Cf SP 15.

[17]

Cf MCH 53.

[18]

MCH 55.

[19]

Cf MCH 57a.

[20]

Cf MCH 58b.

[21]

Cf MCH 59c.

[22]

Cf MCH 60d.

[23]

Cf MCH 61e.

[24]

Cf MCH 62f.

[25]

Cf Dir 94.

[26]

Cf MCH 53.

[27]

Aut 5.

[28]

Esta dimensión de nuestra espiritualidad nos introduce en la raíz principal de la vida interior de María:

preparada en cuerpo y alma para ser la madre del Hijo de Dios (cf PE 17, basado en LG 65, 60, 62). Cuando penetramos en el Corazón de María descubrimos una forma única de presencia de Dios. La comunión con el espíritu de María nos lleva a participar mucho mejor en los misterios de Cristo, porque cuando María es conocida y amada siempre nos lleva hacia el Señor (cf LG 65). El Corazón de María y nuestra relación con él es el contexto, el clima, la atmósfera donde se debe desarrollar nuestra espiritualidad (cf PE 19). “Ser devoto de María significa ante todo, ser hijo y ministro suyo, cultivar una relación de intimidad filial y poner todas las energías al servicio del Evangelio: en una palabra, reproducir la imagen de Jesús misionero del Padre e hijo de María” (J. Bermejo, *La figura de María en los escritos del P. Claret*, en: AAVV. II Simposio de la Familia Claretiana, Studia Claretiana VII, Roma 1989, p. 64; cf. también J. M. Hernández: *Ex abundantia cordis*. Estudio de la espiritualidad cordimariana de los Misioneros Claretianos. Secretariado Corazón de María, PCI, Madrid 1991, pp. 59-92).

[29]

Cf SP 7.

[30]

EMP 20.

[31]

SP 13.

[32]

MCH 54.

[33]

Cf Aut 489.

[34]

Cf MCH 70; CPR 9; Dir 21.

[35]

Cf CPR 10.

[36]

Cf EMP 22.

[37]

Cf EMP 19.

[38]

Cf CPR 49b.

[39]

Cf CPR 53.

[40]

Cf Aut 118.

[41]

Cf CC 6.

[42]

Cf CPR 56.

[43]

Dir 95.

[44]

Cf CC78-85.

[45]

Cf. Carta Circular del P. Aquilino Bocos Merino, “*Los Misioneros Hermanos. Un desafío para la vida y misión de la Congregación*”, Roma 1997, p. 46.

[46]

Cf 2P 3,13.

[47]

Cf VC 57.

[48]

S. Agustín, Sermón 69: PL 38, 440-441.

[49]

Cf EMP 16.

[50]

Cf SP 13.

[51] Cf EMP 17.

[52] Cf EA 619.

[53] Cf Aut 68.

[54] Cf Aut 212.

[55] Cf EA 663.

[56] Cf VC 70.

[57] Pecados capitales.

[58] Cf Aut 340; 424.

[59] Cf CPR 54.

[60] Cf MCH 146.

[61] Cf CC 51.

[62] “Bendito sea el Señor que se dignó valer[se] de esta miserable criatura para hacer cosas grandes; a Dios N. S. Sea la gloria, y a mí, la confusión como lo merezco. Todo es de Dios; él me ha dado salud, fuerzas, palabras y todo lo demás. Siempre he conocido que el Señor en mí siempre se hacía el gasto; pero en este viaje no sólo lo he conocido yo, sino que también los demás. Ellos veían que apenas comía ni bebía; sólo probaba alguna patata y (un) vaso de agua en todo el día; jamás comí carne, pescado ni huevos; ni bebí vino. Siempre estaba contento y alegre, y jamás me vieron cansado, no obstante de haber habido día que había predicado doce sermones” (Aut 703).

[63] AA 2.

[64] Cf SP 16.

[65] “No se trata, para el religioso y la religiosa, de una acción cualquiera. El Concilio habla de “acción apostólica y caritativa” originada y animada por el Espíritu Santo. Tan sólo una acción de este género cabe dentro de la naturaleza misma de la vida religiosa, en cuanto constituye un ministerio sagrado y una obra particular de caridad que han sido confiados a los religiosos por la iglesia y han de ser ejercitados en su nombre” (*Dimensión contemplativa*, 4). “Es urgente fomentar la conciencia personal y comunitaria del manantial primario de la acción apostólica y caritativa, como participación vivida de aquella misión de Cristo y de la Iglesia, que tiene su origen en el Padre y exige de todos aquellos que son enviados que ejerciten la conciencia de la caridad en el diálogo de la oración” (*Dimensión contemplativa*, 4).

[66] Cf EMP 38.

[67] Cf PO 13-14; AA 4.

[68] Cf SP 11.3.

[69] Cf SP 13.

[70] Cf SP 15.

[71] Cf EMP 21.

- [72] Cf CC 46.
- [73] Cf SP 17.
- [74] Tiempo ordinario.
- [75] Cf CC 35.
- [76] Presbíteros y diáconos.
- [77] Cf PE 14.
- [78] Cf SC 10.
- [79] Cf SC 7.
- [80] Cf SP 16.1.
- [81] VC 94.
- [82] SP, 13-17.
- [83] SP, 6-9.
- [84] Cf EMP 20.
- [85] Cf EMP 21.4.
- [86] Cf EMP 18.
- [87] Cf EMP 36.
- [88] Cf SP 7.
- [89] Cf EMP 28.
- [90] VC 42.
- [91] VC 41.
- [92] Cf EMP 23.
- [93] Cf SP 16,.4.
- [94] Cf SP 9.1.
- [95] Cf CPR 61.
- [96] Cf EMP 42.
- [97] Cf SP 10.1.
- [98] Cf SP 19.2.
- [99] Cf CPR 52.

[100] Cf CC 36.

[101] Cf EMP 44.

[102] Alcohol, bulimia, tabaco, sexualidad, etc.

[103] Defensa de la tierra y de las especies.

[104] Cf EMP 50.3.

[105] Cf CC 33.34.37.

[106] Cf Dir 84-93.

[107] La arquitectura y la música son artes ambientales que nos sitúan en los límites del mundo. La arquitectura da forma al espacio y la música al tiempo. Crean el ambiente que nos envuelve; dan forma y sentido al límite del mundo. La pintura, la escultura, la danza, el teatro, el cine dan forma y representación a todo lo que habita en el mundo.

[108] Cf EMP 34.

[109] Cf EMP 34.

[110] Cf EMP 21.2.

[111] Así lo expresa la exhortación “Mutuae Relationes” cuando dice: “Su autoridad proviene del Espíritu del Señor en conexión con la sagrada Jerarquía... Los superiores religiosos tienen la misión y autoridad de *maestro de espíritu* con relación al contenido evangélico del propio Instituto; dentro de ese ámbito, pues, deben ejercitar una verdadera *dirección espiritual* de toda la Congregación y de las comunidades de la misma; lo cual procurarán llevar a la práctica en armonía sincera con el magisterio auténtico de la Jerarquía, consciente de realizar un mandato de grave responsabilidad dentro del ámbito del área evangélica señalada por el Fundador” (MR 13, a)

[112] Cf SP 13.3.

[113] NMI 58.

[114] CfL 16.

[115] VC 93.

[116] Previa a la recomendación sobre la promoción de la espiritualidad dice: “El carácter profético de nuestro servicio misionero de la Palabra ha de beber ‘*en las fuentes de una sólida y profunda espiritualidad*’ (VC 93)” (EMP 23).

[117] La espiritualidad, la santidad, no es una cuestión atemporal y de ajuste a los cánones de comportamiento en cada época. Tampoco es reducible a unos momentos o actos, a una faceta de la vida. Podemos hacer muchas horas de oración y obras de penitencia, contar con numerosos trabajos y sacrificios, y, sin embargo, estar vacíos de espíritu. La espiritualidad hace referencia primordialmente a la acción del Espíritu en nosotros, que trata de configurarnos con Cristo, y a la respuesta que, “aquí y ahora” nosotros damos al amor primero y envolvente de Dios.

[118] Ya en la plática introductoria de los ejercicios espirituales de la fundación, el P. Claret habló a la comunidad primitiva de la “*vocació y missió. bontat de vida*” (sic). Primero habla de la vocación-misión y después habla de la espiritualidad como condición indispensable para la misión. El objeto de la Congregación

(CC 2) es uno con triple referencia y hay que saber armonizar en el mismo intento la gloria de Dios, la propia santificación y la salvación de las almas de todo el mundo según nuestro carisma misionero en la Iglesia.

[119]

Hace unos años escribí: “Nuestras Constituciones postulan e invitan a un radicalismo evangélico que supone renunciar por la causa de Jesús a la propia cul-tura, a la patria, a la familia..., a todo. Nos introducen en una revisión continua de las formas de pensar y de actuar y nos abren a un hori-zonte de superación continua donde la libertad y la creatividad se con-funden con la vivencia de las Bienaventuranzas. Por eso, no admiten la ambigüedad, la mediocridad, el aburguesamiento, la irrelevancia, el individualismo. Continuamente nos abren a nuevas perspectivas y nos relanzan a una misión cada vez más compartida. La vivencia de las Constituciones nos despoja de seguridades y nos desinstala espiritualmente y, a veces, materialmente. Nos habilitan para nuestro ministerio profético en este mundo secular, de tantos desequilibrios, injusticias y cultura de muerte. Nos capacitan para estar siempre dispuestos a ocupar puestos de vanguardia misionera, allí donde el Hijo del Corazón de María nada teme y, con paciencia, pre-para el camino del Señor”. *Circular con motivo del 125 aniversario de la aprobación de las Constituciones*. AC, 62 (1995) 20-21.

[120]

Juan Pablo II ha descrito la espiritualidad de comunión en la NMI 43.

[121]

Así quedó descrita en la reunión del Gobierno General y los Gobiernos de CICLA en Villa de Leyva. Cf CICLA. Boletín, 8, p. 2.

[122]

CLARET, A.M.: *Carta pastoral al pueblo*. Escritos Pastorales, BAC, Madrid, 1997, p.198.

[123]

CLARET, A.M.: *El egoísmo vencido*, Escritos Espirituales, BAC, Madrid, 1985, p.417.